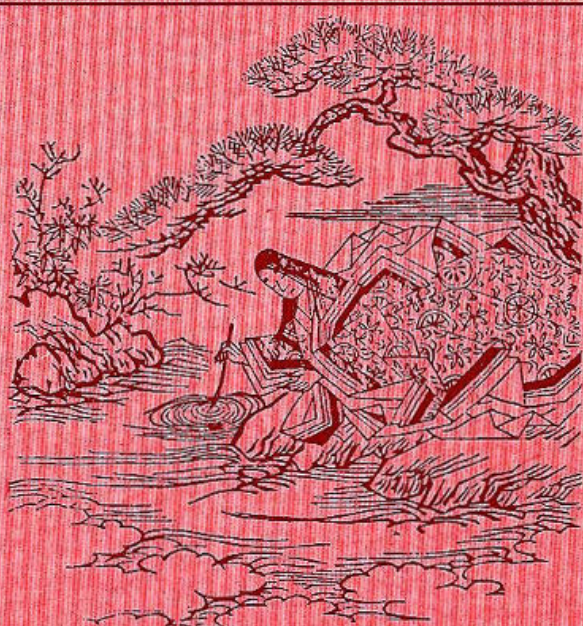
Cantares de Ise

(Ise Monogatari)

Traducción, presentación y epílogo de
ANTONIO CABEZAS



Cantares de Ise (*Ise Monogatari*) es la obra más famosa de la literatura clásica japonesa. Se difundió anónimamente hacia el año 950 de nuestra era, aunque su acción se remonta al siglo anterior. Su protagonista, Narijira de Ariuara (825-880), soldado, poeta y amante cortesano, fue también autor del diario íntimo, hoy perdido, en que recogió originariamente estos 125 episodios autobiográficos, amorosos en su mayor parte, así como los poemas que le inspiraron. Este diario reelaborado y completado por un autor anónimo un siglo después, forma el texto al que tradicionalmente se ha dado el nombre de *Cantares de Ise*.

Se trata de una obra de difícil clasificación, ya que los *Cantares de Ise* son al mismo tiempo la primera historia novelada, la primera narración lírica, la primera épica dramatizada y el primer ensayo sobre el amor y la muerte de la literatura japonesa. No es extraño, pues, que se los considere como la fuente misma de tal literatura y sean su obra más estudiada, la más influyente y probablemente la mejor.

Ilustran esta edición 16 grabados, de autor desconocido, procedentes de la primera impresión japonesa de los *Ise Monogatari* (Kyoto, 1608).

Antonio Cabezas (Huelva 1931-2008) dedicó su vida a la cultura y la literatura japonesas, que difundió y popularizó en España con numerosas traducciones y publicaciones.

Anónimo

Cantares de Ise

Traducción, presentación y epílogo de Antonio Cabezas

ePub r1.0

Stardust Crusader 15.06.14

Título original: *Ise Monogatari*
Anónimo, c. 950
Traducción: Antonio Cabezas

Editor digital: Stardust Crusader
ePub base r1.1

Los 16 grabados reproducidos en este libro forman parte de los 49 que ilustran la primera edición impresa de los Ise Monogatari *(Kyoto, 1608) y son obra de un artista anónimo de la escuela Tosa, mantenedora de la tradición japonesa «pura» en oposición a las influencias chinas del momento.*

PRESENTACIÓN

Los *Cantares de Ise* han sido indiscutiblemente la obra más estudiada, y la más influyente, de la literatura japonesa. Sólo en los últimos años está empezando a ver la crítica japonesa y extranjera que es también la mejor.

Los *Cantares de Ise* no es novela ni es historia, no es lírica, ni drama, ni épica, ni ensayo, porque es todas estas cosas a la vez.

Los *Cantares de Ise* aparecieron bajo un título diferente hacia el año 950 de nuestra era, pero su gestión comenzó cien años antes. El título actual se lo dio casi en seguida la voz anónima y unánime del pueblo.

Cual si fuera un absurdo o «koan» del Zen, esta obra rompe el principio de contradicción, siendo a la vez anónima y no anónima. Anónima, porque el definitivo redactor quiso permanecer, y permanece, en la sombra. No anónima, en cuanto que este redactor trabajó con los materiales que había en el diario íntimo del primer autor, que es a la vez el héroe de los *Cantares*.

Como Garcilaso, este héroe fue soldado y poeta, el más grande poeta de la literatura japonesa. Se trata de Narijira, hijo de príncipes, arquetipo de Calixto y de Tenorio a la vez, 700 años anterior a los personajes de Rojas y de Tirso.

Nuestra obra ha sido ya traducida: al alemán, en 1876, por August Pfizmaier; al ruso, en 1923, por N. Konrad; al inglés, tres veces: en 1957, por Fritz Vos; en 1968, por Helen Craig McCullough, y en 1972, por H. Jay Harris. Algunos fragmentos fueron traducidos al francés en 1919 por Michel Revon, y en 1934 y 1935, por Georges Bonneau.

Reverberan en esta diminuta perla del Oriente, tan breve y sencilla como honda y exquisita, destellos de la mejor picaresca del Arcipreste de Hita, trozos tan cínicos como algunas páginas de

Quevedo, en ocasiones la fantasía y el cabalismo de Góngora, casi siempre la pasión sobria y varonil de Machado, la angustia vital de Unamuno y en todo momento esa finura tan típicamente japonesa que en nuestra civilización occidental sólo halla paralelo en las primitivas trovas de Galicia y Provenza. La obra se desborda en sugerentes ambigüedades, difuminado y huidizo el pálpito y el sentido de las palabras.

Ponderaciones aparte, que ya el lector juzgará, en este prólogo quisiera limitarme a dar la ambientación estrictamente necesaria para posibilitar una lectura ininterrumpida de la obra, sin la impertinencia de aclaraciones marginales.

Porque la obra, en su aparente sencillez, exige explicaciones previas y pide concentración de lectura. Y exige ambas cosas no de parte del hombre occidental tan sólo, sino hasta del japonés de nuestros días, que por cierto encuentra infinitamente más difícil la lectura del original que nosotros el lenguaje del *Poema del Cid*.

Por otro lado, es muy posible que el mundo descrito en nuestra obra esté psicológicamente más próximo al hispano del siglo XX que a los japoneses actuales. Este aserto estupefaciente merecería un montón de explicaciones, pero no es éste el momento.

Mis comentarios introductorios tienen por fuerza que prescindir de crítica paleográfica y filológica, ya que el lector hispano generalmente desconoce el idioma japonés, tanto moderno como antiguo. Hay también que eliminar una historia de la crítica en esta obra, y bastará decir que los *Cantares de Ise* han encontrado su Menéndez-Pidal en la señera figura del crítico japonés Kikán Ikeda, fallecido en 1956. Todo cuanto se ha escrito en Japón sobre nuestra obra hasta mediados de este siglo se halla corregido y aumentado en los magistrales estudios de Ikeda

La crítica extranjera, con Konrad y Vos a la cabeza, no hace sino seguir sus huellas. A pesar de ello, y aunque parezca increíble, aún quedaban lagunas por explorar: recursos poéticos, organización de la obra, carácter del héroe…

Vamos, pues, a tocar en este exordio, de la manera más amena y rápida posible, seis temas que me parecen imprescindibles:

1. Traducción.

2. La sociedad japonesa del siglo IX.
3. Historicidad de la obra.
4. Escenario.
5. Gestación, autor y título.
6. Ciclos temáticos y desarrollo de las secuencias.

Si en la edición de «Clásicos Castellanos» del *Poema del Cid* Menéndez-Pidal se veía obligado a hacer una introducción de noventa páginas, y al pie del texto insertaba innumerables notas, se comprenderá la necesidad de ambientar una obra escrita en Japón doscientos años antes que el *Cantar* de Ruy Díaz de Vivar.

TRADUCCIÓN

Se ha exagerado bastante la imposibilidad de las traducciones en general, y de las traducciones líricas en particular. Pero cuando se toca el tema de la lírica japonesa, y más si es antigua, su supuesta intraducibilidad se ha exagerado en grado superlativo.

Ya en 1899 W. G. Aston pontificaba con seguridad victoriana que una traducción fiel de la poesía japonesa a lenguas occidentales era imposible. Una generación más tarde, en 1935, Bonneau aseveraba con igual aplomo que la traducción al francés era perfectamente posible. Cuando los técnicos se contradicen tan flagrantemente, hay polémica para rato. Esta polémica llegó a orillas hispanas. Efectivamente, en 1929 Borges proclamaba en Buenos Aires que la traducción podía incluso ser mejor que el original; de paso cotejaba las distintas versiones inglesas de *La Odisea* y se ponía a averiguar, sin saber griego, cuál era más fiel al original. En 1937, Ortega y Gasset declaraba también en Buenos Aires que la traducción es una empresa utópica, como todo lo humano; de paso observaba que los traductores son gente apocada y servil a la gramática; y como escollo y colofón de su ensayo, decía que es más difícil traducir al francés que a las demás lenguas europeas. ¡Pero Ortega no dominaba todas las lenguas europeas!

Si fuéramos aquí a enfrascarnos en este tema, estaríamos en la faena hasta el día de la catástrofe escatológica. Así es que cortemos por lo sano y digamos cuatro verdades desnudas, sacadas unas de

Pedro Grullo y otras del guajiro Sofenio.

Lo primero, y en general, las traducciones son posibles de la misma manera que Aquiles alcanza a la tortuga, y la alcanza corriendo sobre el terreno y no enredándose en aporías escritas sobre pizarras verdes.

Valera traduciendo a Russell Lowell.

Jorge Guillén traduciendo a Valéry.

Juan Ramón, a Poe, Emily Dickinson y Amy Lowell.

Panero, a Shelley.

García Gómez, a Ben Zaydún.

Octavio Paz, a Matsuo Basho.

Borges a Whitman.

En segundo lugar, en esto de las traducciones pasa como con los mecánicos y como con los médicos: que los hay buenos y mejores. También es verdad que es más fácil traducir al castellano una novela italiana contemporánea que un poema chino de hace dos mil años. Como más fácil será traducir al sueco la lírica de Aleixandre que la de Rubén Darío.

De tejas abajo, todo es perfectible. Perfectibles son las traducciones, como vive Dios que lo es el mismo original. Sólo Alá es grande. Y en esto, como en todo, hay sus más y sus menos. Pero tomando el texto original como algo tabú e intangible y por ende perfecto, algunas traducciones serán mejores y otras peores. Y alguna podrá ser perfecta; sí, podrá serlo.

Pero vengamos al propósito de nuestra obra. Cuando residía en Irlanda, los campesinos me aseguraban que el legendario presidente De Valera, aún vivo, padre de la independencia y en sus años mozos profesor de matemáticas, era uno de los trece mortales que entendía la teoría de la relatividad de Einstein. Pues bien, entre los doscientos cincuenta millones de hispanohablantes no habrá más de trece personas capacitadas para traducir los *Cantares de Ise*. Esto será todo lo inmodesto que se quiera, pero es la pura verdad.

Antes de decir una cosa, y como no dispongo de las credenciales de Borges ni de las de Juan Ramón, voy a presentar las que tengo, y sólo porque redundan en la aceptación de la obra. He leído cuanto la biología moderna tiene que decir sobre el problema de la

traducción. Domino varias lenguas antiguas y modernas, entre ellas el japonés. Poseo tres licenciaturas, una de ellas en literatura. He consultado todos los críticos japoneses y extranjeros de los *Cantares de Ise*, y de otras obras igualmente clásicas del Japón. He estudiado minuciosamente las traducciones francesas e inglesas de nuestra obra; y en cuanto a la rusa y a la alemana, idiomas que desgraciadamente desconozco, me he valido de la asistencia de compañeros. Durante mi trabajo he consultado en directo con profesores y traductores japoneses de nuestros clásicos castellanos. He vivido en Japón continuamente durante veinte años, uno detrás de otro. Y como resultado de todo ello he llegado a la conclusión de que es posible traducir al castellano prácticamente todo: el contenido, el sentimiento y la expresión. Sí, también la expresión y hasta la contextura sonora.

Esto no implica que mi traducción lo haya conseguido siempre en el mismo grado. La parte narrativa no ofrece especiales problemas. La lírica es la madre del carnero. Con absoluta sinceridad puedo decir que algunos poemas desmerecen en la traducción; la mayoría, sin embargo, me parecen perfectamente logrados en castellano.

Los eternos recalcitrantes objetarán mil zarandajas: que el cuervo japonés es mayor que el europeo —y poéticamente ¡qué más dará!—, que si en Europa no existe el árbol zelkova, que el sol del poema azteca no es el sol del himno egipcio… Tampoco el sol de las montañas vascas es el sol de la vega granadina, y nadie dice por eso que los vascos son incapaces de entender la lírica de Lorca.

En Occidente corre mucho camelo sobre la impenetrabilidad del Oriente enimágtico y misterioso. No hay nada extraterrestre en el corazón japonés, ni en su cerebro, ni en su idioma que no pueda trasladarse a nuestra lengua.

En las pocas ocasiones en que la flora, o la fauna, o el folklore se diferencian, basta y sobra con una breve explicación introductoria.

No conviene dejarse engañar por falacias teóricas o anecdóticas. El *Quijote* es leído y apreciado en alemán, y en indostánico, y en ruso. Neruda es leído y gustado en China y en Dinamarca. Los japoneses poseen excelentes traductores de incontables autores nuestros, clásicos y modernos: del *Libro del Buen Amor*, la *Celestina*,

el *Lazarillo*, el *Quijote*. Tirso, Galdós, Baroja, Ortega, el Martín Fierro, Lorca, Borges, Asturias… Y los leen, y los entienden y los aprecian

Por otro lado, no estamos ya en el siglo XII. Hoy día, por la prensa y el cine, por otros medios masivos, por los viajes, por las mismas traducciones ya existentes, el hombre hispano a ambos lados del Atlántico conoce cada vez más detalles exteriores e interiores de la vida japonesa: sabe cómo son sus casas, de que color es la flor del cerezo —en una palabra, de todas esas connotaciones exóticas que los eruditos quieren rodear de tanto misterio. A veces saben los trucos del yudo mejor que los japoneses.

Y si el gusto occidental, el hispano en concreto, aún no se ha hecho del todo al sabor de la lírica y de la literatura japonesa, ese gusto se forma. ¿O es que se aceptó en seguida sin más ni más el sabor nuevo de tantos genios innovadores de nuestras letras y de nuestro arte?

La literatura japonesa, y los *Cantares de Ise*, que son su obra cumbre, se llegará a entender y a apreciar poco a poco. No es una literatura superior ni inferior a la occidental, o a la eslava o a la árabe. Es simplemente distinta, un sabor nuevo.

Para terminar estas disquisiciones sobre la traducción, una sola palabra sobre la métrica, y otra sobre los mal llamados «intraducibles» recursos poéticos japoneses.

La lírica que se contiene en el original japonés de nuestra obra se atiene indefectiblemente al patrón de la tanka: cinco versos libres, de 5-7-5-7-7 sílabas, respectivamente. Ahora bien, por complejas razones lingüísticas, que aquí sólo podemos tratar sumariamente, el equivalente castellano de esta matriz es un poema de cinco versos de 6-6-5-6-6 sílabas, con rima asonante del segundo con el quinto. Esta métrica coincide prácticamente con la de la seguidilla gitana, pero tengo que recalcar que la coincidencia es totalmente fortuita y *a posteriori*, nada de preferencias folklóricas y personales. Si da la casualidad que esa métrica se llama seguidilla gitana, lo mismo podría no haber existido, o haber sido la lira maragata o la quinteta cochabambina. Las razones son las siguientes:

Estadísticamente se ha probado que el texto castellano

equivalente a la tanka japonesa, clásica o moderna, es como promedio una o dos sílabas más corto. Por otro lado, un recurso sonoro relativamente frecuente en la tanka en japonés es hacer que los versos heptasílabos, sobre todo los dos últimos, sean una única palabra, frecuentemente un verbo. Si se quiere trasladar este efecto sonoro al castellano, el heptasílabo resulta inoperable. Como por otra parte el poema español ha de ser ligeramente más corto, los heptasílabos japoneses deben pasar a hexasílabos en español. Pero esto recorta la longitud del poema en castellano en tres sílabas, más allá del mínimo tolerable. El tercer verso debe ser pentasílabo si se quiere conservar la ligereza de la asimetría. Con lo que llegamos a la necesidad de hacer hexasílabos los demás versos. En cuanto a la rima, el japonés no la tiene porque su índole sintáctica y fonética se lo impide. Pero corresponde mucho más al espíritu de la tanka, estrofa medida y que se remonta al siglo VII, traducirla con rima castellana, que no en verso libre, fenómeno totalmente moderno, y usado casi siempre con versos de longitud también libre.

Con el mayor énfasis advierto que el parecido con la seguidilla gitana acaba en la métrica, y que todo lo demás no tendrá más parecido mutuo que el que puedan tener dos personas entre sí por descender de un mismo Adán y de una misma Eva.

Por lo demás, la tanka japonesa, cuando se recitaba en ocasiones formales, era cantada sin acompañamiento alguno y sin ritmo. Esta costumbre subsiste aún.

En cuanto a los recursos poéticos del japonés —palabra pivotal, preludio poético, aliteraciones, etc.— son un noventa y tantos por ciento de las veces perfectamente transportables al castellano, si el traductor trabaja en serio y despacio.

Abandono el tema con dos preguntas: ¿Quién entendió mejor el *Quijote*, un contemporáneo de Cervantes o un coetáneo de Unamuno? ¿Quién comprendió mejor el mensaje de Jesús de Nazaret, los que en los campos de Palestina le oyeron hablar, o los que dos mil años más tarde leemos la traducción castellana de la *Vulgata* latina, que es a su vez una traducción del texto griego, a su vez traducción de lo que Jesús hablara en arameo?

LA SOCIEDAD JAPONESA DEL SIGLO IX

Desde el siglo VII Japón venía siendo pacíficamente invadido por la poderosa cultura china. La palabra «invadido» no es del todo adecuada, ya que no fueron los chinos quienes enviaron a técnicos, mandarines y bonzos, sino que fueron principalmente los propios japoneses los que se trasladaron al vecino y floreciente país para aprender.

Este curioso fenómeno de trasplante cultural ha inducido a muchos, entre otros al gran Toynbee, a pensar que Japón se convirtió en una cultura epigonal de la china. Nada más lejos de la verdad. Japón conservó, y conserva hasta nuestros días, una manera peculiar de pensar y sentir, de expresarse y actuar, lo que constituye la esencia de una civilización distinta y aparte. Y el hecho de que Japón adoptara la escritura china, en la que las palabras van representadas no por letras o símbolos fonéticos, sino por dibujos simplificados, por ideogramas, no convirtió al país en apéndice de la cultura continental, lo mismo que nuestra adopción del alfabeto fenicio no convirtió a Occidente en sucursal de la civilización semita. El japonés es un idioma fundamentalmente polisilábico, aglutinante, sin tonos musicales de pronunciación; su poesía carece de rima, principalmente porque no puede tenerla; como norma, es una lengua de gran vaguedad e imprecisión. El chino, en cambio, es monosilábico y con tonos musicales; su lírica conserva la rima; su expresión es concisa.

Pero el afán japonés por copiar todo lo chino les arrastró a intentar componer poemas al estilo chino. Esta empresa quijotesca culminó durante el reinado del emperador Saga, en el primer cuarto del siglo IX. Afortunadamente se impuso el buen sentido y el buen gusto, y a la muerte de este emperador se inició un renacimiento de la literatura de raíces nacionales. Durante este renacimiento comienza la gestación de los *Cantares de Ise*.

La lírica china era críptica, jeroglífica. Abundaba en paralelismos de ideas y armonías de tono. Su forma, riquísima, asfixiaba el flujo natural y espontáneo del corazón. En China había que sentarse con paciencia de orfebre a labrar poemas. El gusto japonés exigía más balance de forma y sentimiento, más diafanidad, espacios claros elocuentes. El buen cantar japonés, adaptándose al canon tradicional de la tanka, debía poseer siempre frescura y

estilo. El gran autor y crítico literario Tsuraiuki de Ki escribía en 905; «La lírica japonesa nace del corazón.»

Los *Cantares de Ise* no se escribieron con ideogramas, sino sirviéndose de un silabario fonético inventado en el siglo IX; tampoco se usan en la obra palabras de origen chino, y todo su léxico es de vocablos puramente japoneses.

El siglo IX fue en Japón un siglo de paz que seguía a otros siglos de paz. La clase dominante y formadora del plasma social era el aristócrata, el cortesano. Estos nobles, en número de un millar para una población aproximada de un millón de almas, se concentraban en la ciudad de Kioto, recién fundada y con excelente urbanización. Kioto tenía por entonces unos 20.000 habitantes, y el hermoso nombre de Jéian-Kió, que significa «Capital de la Paz». Tokio era un rústico caserío. Recibían los cortesanos cierto entrenamiento militar en justas guerreras y actividades venatorias, pero hasta el siglo XII eran más cortesanos que guerreros. También eran educados en universidades que impartían sobre todo el legado cultural chino. Japón importó de China la armazón burocrática e infinidad de leyes y procedimientos civiles, pero el alma del sistema político difería radicalmente. La clase gobernante china, el mandarinato, era de extracción popular, por méritos personales. La nobleza japonesa era, en cambio, rígidamente hereditaria. El emperador chino ejercía normalmente un papel activo en la política del país, mientras en Japón el emperador se redujo bien pronto a un personaje sagrado y oculto, mitad pontífice mitad símbolo, centro aglutinante de lealtades e intrigas. Porque el poder real lo acaparaba alguna familia de la nobleza, ordinariamente emparentada con la casa imperial. En el siglo IX, que ahora nos ocupa, este centro de poder real pasó a la casa de los Fuyiuara.[*]

En religión, el japonés era al mismo tiempo budista y shintoísta. El Shinto (Camino de Dios) era la religión ancestral cuyo pontífice máximo era el emperador en persona. Tenía su santuario central en Ise, donde actuaba como sacerdotisa una princesa imperial que en teoría debía ser virgen. El Shinto y el Budismo eran en Japón religiones tolerantes, y no fue raro el caso de príncipes y hasta

emperadores que se hicieran bonzos budistas. Ni siquiera la divinidad estaba clara en el Shinto. Careciendo el idioma japonés de distinción entre singular y plural, lo mismo puede decirse que fuera monoteísta, con la Divinidad palpitando tras cada fenómeno extraordinario o grandioso, que el que fuera politeísta, ya que en las historias y mitologías se hace mención explícita de diversos dioses. También creían que a veces bajaba del cielo un ángel en figura de mujer hermosísima vestida con un ropaje de pluma, para bailar danzas fantásticas.

Uno de los ritos shintoístas era la purificación: los fieles tomaban un talismán que consistía en una rama de siemprevivas, y se sacudían el pecho como para traspasar a él las impurezas y pecados; al caer la tarde, un sacerdote arrojaba el talismán al río, que se lo llevaba al mar.

En el budismo había rosarios para rezar las letanías. Se celebraban responsos el día del fallecimiento, y siete semanas más tarde los funerales solemnes, porque el alma andaba errante por la ultratumba siete semanas antes de entrar en el paraíso de Buda. No era, pues, la muerte el apagarse de una antorcha, sino el paso a mejor vida —o peor, pero no mucho. Porque no había nada definido ni claro sobre distinciones de cielo e infierno. A nadie le gustaba morir, pero de lo que hubiera más allá no había nociones claras, y sólo unas vagas ideas sobre premios y castigos, con transmigración del alma incluida, pero todo conmesurado a la pequeñez humana. Creían que, al morir, una barca misteriosa trasladaba las almas de los difuntos a la otra orilla del Río del Cielo (la Vía Láctea). Según aquella mentalidad primitiva, cuando llovía era que el cielo se compadecía de algún mortal. La curiosidad por las estrellas, gusto importado de China, les llevaba a personificar a los astros. Innumerables son las alusiones literarias a los amores entre la estrella Vega, llamada en japonés «La Hilandera», y la estrella Astair, llamada «El Pastor». Estas dos estrellas tienen su conjunción sólo una vez al año, el 7 de julio, fecha de un festival que aún subsiste, y que pudiéramos traducir como la Fiesta de las Estrellas. Las ideas astronómicas prevalentes eran bien rudimentarias, y aceptaban, al menos poéticamente, que las manchas de la Luna eran nada menos que la sombra de una casia

gigantesca. Todavía al llegar Francisco Javier, en pleno siglo XVI, aún ignoraban que la tierra fuese redonda. Los meses eran lunares.

La del siglo IX fue una sociedad en gran parte matriarcal. Al casarse, la mujer debía contar con medios para sustentarse, y el marido solía pasar las más de las noches fuera de casa, visitando a otras amantes. El siglo IX fue una época de gran libertad erótica. Se llegó a permitir el matrimonio de hermanastros nacidos de distinta madre. En cuanto al divorcio, era más asequible que en Las Vegas. La mujer abandonada sólo tenía que esperar tres años para poder desposarse de nuevo legalmente. El mismo emperador, centro y ejemplar de la nación, tenía muchas consortes; la primera era privilegiada con gestar al heredero, pero con frecuencia otras le usurpaban el derecho. La sucesión imperial en el siglo IX no puede menos de aparecer al observador occidental como algo parecido a un damero maldito.

En este río revuelto de pasiones y amoríos, la mujer era generalmente la depositaría de los valores culturales nacionales, excluidas como estaban de participar en la erudición china. La gran novela japonesa *El Cantar de Guenyi*, dos veces más larga que el *Quijote*, fue escrita por una dama de palacio, Shikibu Murasaki, unas décadas después de la aparición de los *Cantares de Ise*. Y las misivas amorosas iban indefectiblemente en poesía.

Hablando de festivales, había uno en Tsukuma, en el distrito de Omi, cerca de Jéian-Kió, en que se obligaba a las mujeres, so pena de lesa divinidad, a colgarse del cuello tantas cacerolas como esposos o amantes notorios hubieran tenido, con lo que el sempiterno instinto puritánico pretendía poner coto al libertinaje de la gente joven. El festival subsiste, sin las cacerolas.

Festejos resultaban ser, con profusión de vino, cantos y bullanga, las bodas, las visitas a los jardines de cerezos en flor, o a los parques de arces enrojecidos durante el otoño, la vista de la Luna llena en agosto y septiembre, las cacerías de grullas, faisanes y codornices… El día de la boda la novia se recogía por primera vez el pelo, haciéndose peinado alto.

Los cumpleaños no se celebraban el mismo día en que se había

nacido, sino en la estación correspondiente al año de nacimiento. Desde antiguo vienen dedicando los japoneses cada año a uno de los doce animales siguientes:

1. Ratón	5. Dragón	9. Mono
2. Toro	6. Serpiente	10. Gallo
3. Tigre	7. Caballo	11. Perro
4. Conejo	8. Cordero	12. Jabalí

1977 es un año de la Serpiente, y 1978 del Caballo. Tras un año del Jabalí vuelve a comenzar el ciclo. Pues bien, antiguamente, los que habían nacido en los años del Tigre, del Conejo o del Dragón celebraban su cumpleaños en primavera, cuando florecían los cerezos, y estas fiestas se llamaban «Cumpleaños de los Cerezos». Los nacidos en los años de la Serpiente, del Caballo y del Cordero lo celebraban durante la canícula, en lo que se llamaba «Cumpleaños del Abanico». En otoño se denominaba «Cumpleaños de los Arces», y en invierno, «Cumpleaños de la Nieve». Esta costumbre resultaba no sólo poética, sino hasta práctica: es más fácil acordarse de que un amigo nació en un año Jabalí, que no tener que recordar que su cumpleaños es el 24 de mayo, precisamente. Narijira había nacido en un año de la Serpiente, animal erótico si los hay —según las monsergas de la psicología.

La caza era generalmente de cetrería, y muy popular entre los nobles. Para la caza de faisanes, patos, ánsares y grullas —pájaro éste que era símbolo de la longevidad— se usaban halcones grandes, y se salía a cazar en invierno. Para codornices, alondras y gorriones, en otoño, se usaban halcones pequeños. El emperador Kanmu, de finales del siglo VIII, salía de cacería un promedio de seis veces al año. Su hijo Saga escribió el primer libro japonés sobre cetrería. Cuando el emperador iba de caza, era llevado en palanquín, y le acompañaban a caballo cinco o seis Monteros Imperiales con sendos halcones; a pie iban varios infantes con perros para el cobro.

También eran frecuentes en aquella sociedad ingenua y elegante los paseos al campo, ocasión propicia para ditirambos y efusiones líricas. En otoño uno de los parques más visitados eran las riberas del río Tátsuta, donde se cuenta que había más de mil arces. En

cambio, los viajes lejanos eran para aquellos cortesanos, habituados al refinamiento de Kioto, algo así como un destierro. Por ello, la despedida de los nobles que marchaban como gobernadores a las provincias constituía una ocasión propicia para abundantes libaciones y regalos de despedida; al final de la fiesta, el anfitrión acompañaba al viajante hasta su caballo y tomando las bridas orientaba el hocico del animal en dirección a la tierra del nuevo destino.

La alimentación consistía en arroz cocido, pero de forma que los granos quedasen apelmazados para poderlos tomar con los palillos; se tomaban verduras, frescas o en adobo, diversas especies de algas y frutas. El budismo era reacio a permitir la ingestión de animales; pero en esto, como en todo, la mansedumbre del sublime indio Buda optaba por no imponer prohibiciones drásticas, y darle tiempo al tiempo. Se sabe que tomaban pescados y moluscos. La almeja, digamos de paso, era un símbolo erótico fácilmente identificable.

El vestido era el kimono, generalmente de seda natural, de colores vivos para la mujer, y sobrio para el hombre. No era raro hacer regalos de kimonos ya usados, porque eran tan cuidados y de tela tan fina, que se aceptaban gustosamente; y aun cuando regalaran a una mujer un kimono de caballero, ella siempre podía a su vez regalarlo a algún pariente, guardarlo para su hijo, o venderlo. Durante los viajes usaban indiferentemente hombres y mujeres un faldón, especie de delantal, pero que colgaba por detrás, con objeto de no manchar de polvo el costoso kimono. El llanto solía ocultarse entre las mangas.

Había un estampado muy famoso llamado «shinobu» (que también significa «amar»): para teñir el tejido se colocaban hierbas sobre una piedra enorme y sobre ellas la tela; después, con otra piedra se presionaba hasta machacar las hierbas y lograr que los relieves quedasen impresos en la tela, formando arabescos.

Había collares de perlas, que se ataban con una lazada; diademas de piedras preciosas; cosméticos…

La vivienda era de madera, ordinariamente de un solo piso, rodeada de un pequeño jardín. Las mansiones nobiliarias tenían a

veces jardines encantadores. Toru de Minamoto, del que habla nuestra obra, era el dueño de un jardín con un estanque de agua salada —¡a 50 kilómetros del mar! Este estanque era una reproducción en miniatura de la playa de Shiogama, el panorama más hermoso del Japón. Y en el estanque había peces, crustáceos y moluscos.

Los pisos de las casas estaban alfombrados con esteras de paja de arroz, el famoso «tatami» tan conocido por el yudo.

Tenían las casas una veranda-corredor, alzada sobre vigas de soporte.

Mitos y supersticiones no faltaban. Decían que a la mujer que era amada se le aflojaba la faja sola. La persona que tocara la hemerocálide, o flor del olvido, se olvidaba de sus amantes y era a su vez olvidada. Creían en ogros y brujas. Y según ellos los ruiseñores tejen paraguas fabulosos con varillas de sauces llorones y caperuza de pétalos del ciruelo.

Sobre fauna desconocida en Europa, sólo hay que mencionar un pequeño crustáceo que se incrusta en las algas u ovas marinas y las va carcomiendo desde dentro. Al recoger los pescadores las algas, el crustáceo muere también. A este bichito alude varias veces nuestra obra.

En este mundo social, y en el medio ambiente de una naturaleza suave, verde, húmeda, de clima benigno y paisajes bellísimos, se crearon los *Cantares de Ise*.[1]

Los *Cantares de Ise* tenían que ser una obra anónima. Describían cómo el héroe había tenido relaciones con una emperatriz y con otras damas nobles cuyos hijos vivían todavía. En la obra salían nombres de personajes históricos, con datos precisos…

El nombre mismo del héroe no podía aparecer, ni el nombre de sus amantes, aunque todo el mundo podía localizar al primero y a algunas de ellas.

Los *Cantares de Ise* aparecieron como obra confidencial y con aires de novela detectivesca. Cuando el menudo libro fue pasando de mano en mano furtiva, tras la sombra de los biombos, sus 125 episodios llevaban el título de *Diario del coronel Zaigo*. ¿Pero quién

se iba a engañar? «Zai» era la manera china de leer el primer ideograma del apellido Ariuara, y «go» significa «cinco». Y los cortesanos y las damas nobles, y el pueblo llano recordaban al legendario Narijira de Ariuara, quinto hijo del príncipe Abo, habido de su segunda esposa, la princesa Itó. Zaigo era Narijira, no podía ser otro. Apuesto, indómito, poeta, prototipo de amante y tenorio. ¡Y además había sido coronel!

Narijira, nombre que significa «Héroe Pacífico», había muerto a los cincuenta y seis años en 880, setenta años antes de la publicación del *Diario del coronel Zaigo*, obra que en seguida empezó a llamarse *Cantares de Ise*.

Los guerreros estaban divididos en tres cuerpos: la Guardia de Palacio, la Guardia Militar o Ejército, y la Guardia de Postas o Policía. Cada uno de estos cuerpos estaba a su vez dividido en dos divisiones: Derecha e Izquierda. En la Guardia de Palacio los rangos superiores eran los de Comandante, Coronel y General. En los otros dos cuerpos los rangos supremos eran los de Alférez y Capitán.

Iukijira, hermano mayor de Narijira, fue nombrado capitán del Ejército, División Izquierda, el 17 de abril de 864.

El mismo año y mes Narijira fue nombrado por Séiua —en realidad, por Ioshifusa de Fuyiuara— comandante de la Guardia de Palacio. Un año más tarde, también en abril, fue nombrado Mayoral de los Estados Imperiales. Y en febrero de 875 fue ascendido a Coronel de la Guardia de Palacio, División Derecha. No se sabe cuándo recibió el puesto de Montero Imperial, pero debió ser entre 859 y 876, período en que estuvo oficiando como vestal en Ise la virgen Iásuko. Poco antes de su muerte, Norijira fue hecho gobernador de dos provincias, Minó (cerca de la actual Ósaka) y Sagami (cerca de la actual Tokio), pero no abandonó su residencia en la capital.

HISTORICIDAD DE LA OBRA

Si alguien tiene la paciencia de leer nuestra obra con espíritu de crítica histórica, apreciará que hay acá y allá algunos anacronismos. Tomemos como caso típico el episodio 77. El funeral de Takákiko,

que murió a finales del año 858, debía tener lugar, según la costumbre, en la primavera siguiente. Pero he aquí que nuestra obra dice que Narijira era por entonces Mayoral de los Estados Imperiales, siendo así que no lo fue hasta 865. Baste responder que el redactor no entró en muchas averiguaciones históricas sobre estas menudencias. Él sabía que Narijira había sido ciertamente Mayoral, y no se molestó en verificar si lo era aquel año o lo fue más tarde. Este tipo de dificultades no impugna la historicidad esencial de la obra.

Por otra parte, no faltan historiadores reacios que quisieran ver confirmados por las crónicas oficiales los incidentes de la vida romántica de Narijira. Pero ¿es concebible que los emperadores y los Fuyiuaras que controlaban la redacción de la historia oficial permitieran la publicación «ad perpetuam rei memoriam» de los amoríos de sus madres, hermanas y esposas?

La mayor parte de los episodios han de considerarse como históricos y verídicos. Sin embargo, algunos ciertamente no lo son. Por ejemplo, en el episodio 115 aparece como heroína la extraordinaria mujer Komachi de Ono en circunstancias evidentemente legendarias, en figura de aldeana, cuando se sabe que fue una dama de la capital. Datos biográficos de esta mujer se conocen muy pocos. Sí se sabe que vivió por el tiempo de Narijira, y que éste intentó seducirla (ep. 25), ya veremos con qué resultados. Bellísima, con experiencia en las cosas del amor, arrebatadora poetisa de la que se han conservado 24 piezas en diversas Antologías Imperiales, altiva y cruel para los hombres… No resisto a la tentación de incluir aquí tres de los memorables cantares de esta mujer:

Desde que te vi
cuando yo soñaba,
estoy pensando
que sólo los sueños
merecen confianza.

Yo me desperté

y no te encontraba.
No había luna.
Mi pecho, una hoguera.
Y por dentro, brasas.

Aunque voy a verte
—sin cansarme nunca—
siempre que sueño,
más quiero, despierta,
verte una vez, una.

GEOGRAFÍA Y ESCENARIO

La mayoría de los episodios, 85 en total de los 125 que contiene la obra, acontecen en la capital de Kioto. Otros diez, en los poblados circundantes. Ocho, en lo que es hoy la ciudad de Ósaka. Tres, en Nara. Seis, en Ise. Y uno en cada una de las actuales provincias de Kobe y Shiga. Esto arroja un total de 114 episodios localizados en Kioto y sus alrededores.

Kioto, la capital, estaba entonces atravesada de este a oeste por una serie de avenidas, que aún existen, y que empezando por el norte se llamaban Primera, Segunda… hasta Novena Avenida. De norte a sur las calles incidían perpendiculares sobre las anteriores, y muchas de ellas subsisten con los nombres de aquella época: calle Oriente, calle Occidente, calle Mibu, calle Canal (Jorikaua), Muromachi…

El antiguo Palacio Imperial no estaba entonces situado en el solar ocupado actualmente por el nuevo Palacio Imperial de Kioto, sino inmediatamente al oeste de lo que es hoy Castillo o Palacio de la Segunda Avenida, muy frecuentado por los turistas. El recinto del Palacio era inmenso, pues en él había pabellones para la Guardia y servidumbre, caballerizas, artesanos de la Corte, etc. Muchos de los templos de aquella época se conservan hoy día.

La actual Ósaka era entonces una serie de poblados aislados, algunos de los cuales se mencionan en los *Cantares*, y cuyos nombres subsisten como barrios de la ciudad actual.

En cuanto al santuario de Ise, de estilo puramente japonés sin

influencia alguna de China, se reconstruye cada veinte años de forma indéntica, pero no sobre el terreno ocupado por el pabellón viejo, a fin de no interrumpir el culto, sino a su derecha o a su izquierda, de forma que cada cuarenta años vuelve a estar en el mismo lugar.

GESTACIÓN, AUTOR Y TÍTULO

No he dicho todavía que cuando apareció el *Diario del coronel Zaigo* en 950, no apareció solo. Casi simultáneamente salió una obra paralela, con el mismo titulo y tema, pero llevando menos episodios y con un orden distinto. Evidentemente las dos obras gemelas habían sacado su material del auténtico y primitivo diario de Narijira, que algún pariente debió de dar a conocer confidencialmente entre los nobles, probablemente después de morir Takako en 910, Iásuko en 913 e Ise en 937.

No se han conservado los papeles autógrafos de Narijira. En cuanto a la obra gemela a la nuestra, sólo quedan fragmentos, pero se sabe que comenzaba por el viaje de Narijira al santuario de Ise, que en nuestra obra es el episodio 69. Esto prueba que el redactor de esa obra pretendía o fingía pretender desplazar a Takako del centro del drama, desviando la atención del lector hacia Iásuko, la Virgen de Ise.

Posiblemente por esta razón, y por otras que en seguida veremos, la gente irónicamente cambió el título de ambas obras a *Cantares de Ise*, que acabó imponiéndose.

¿Qué se le debe en nuestra obra a Narijira y qué al definitivo redactor? El diario autógrafo de Narijira debía consistir en un montón de apuntes sueltos, probablemente sin orden cronológico alguno, donde figuraban los sucesos más íntimos de su vida, y no sólo aventuras amorosas; también irían incluidos los poemas que él había dirigido a sus amigos o amantes, y los que había recibido. No es improbable que recogiera también otros sucesos que le impresionaban, y que acontecían a su alrededor o que oía contar a sus amigos. Las Antologías Imperiales y otras colecciones antiguas atribuyen a Narijira la mayoría de los poemas de nuestra obra,

confirmando así la autoridad de la misma.

Con esta información el redactor empezó a trabajar. Se trazó un plan general y el desarrollo de las secuencias, borró los nombres comprometedores, unificó el estilo de la narración, añadió algunos episodios posteriores a la vida de Narijira, y como colofón de algunas de las historias puso algunos comentarios personales verdaderamente lapidarios y a veces magistrales.

El título de *Cantares de Ise*, ¿fue sólo ironía del pueblo al ver la prominencia que parecía dársele a Iásuko en detrimento de Takako, que todos sabían que había sido la figura central? Parece que influyeron otros motivos. Muchos creían que el diario autógrafo lo había dado a conocer Ise, la última amante de Narijira según rumores. Otros se dieron cuenta de que el título de *Cantares de Ise* le venía pintiparado a la obra, ya que «ise», además de ser el nombre del santuario, etimológicamente podía significar tres cosas: «novelesco», «erótico» e «irónico». Y efectivamente, la obra era histórica, pero parecía una novela. Dos tercios de los episodios eran de tema amatorio. Y en sus páginas se agazapaba una genial ironía, a veces cruda, a veces fina, a veces honda y humana. Cuando el autor parece estar en serio, bromea. Cuando parece chancearse, llora. Parece hostigar a alguien, y en realidad le está alabando. De personas exaltadas habla llanamente. De personas humildes, con toda deferencia.

La obra tenía que llamarse *Cantares de Ise*.

CICLOS TEMÁTICOS Y DESARROLLO DE LAS SECUENCIAS

Los *Cantares de Ise* no siguen un orden cronológico. Comienzan con el encuentro de Narijira y Takako, la única mujer que el héroe amó de verdad. Narijira tenía treinta y tres años, ella dieciséis. Estos amores son el tema del primero de los siete ciclos en que se divide la obra. En el episodio 4 aparece un poema que algunos consideran como el mejor de toda la literatura japonesa.

El ciclo segundo es una serie de amoríos, en significativo contraste con el amor total y absoluto del primer ciclo.

El ciclo tercero, en tres actos, es un finísimo estudio del amor, el amorío y la amistad. Algunos de los episodios son cronológicamente anteriores al ciclo primero, pero el autor, que no quiere hacer una crónica pura, sino una obra de arte, va ordenando sus secuencias para que produzcan un efecto a la vez lírico y dramático.

El ciclo cuarto, que es el central de la obra, presenta la continuación de los amores con Takako, siendo ya ella emperatriz. Han pasado ocho años desde el primer encuentro.

El ciclo quinto, que aconteció inmediatamente después del anterior, narra la ida de Narijira al santuario de Ise.

El ciclo sexto, también en tres actos, continúa el mismo tema general del libro —el amor—, con un tratamiento parecido al del ciclo tercero, pero los tres actos o tiempos son aquí diversos: el primero es una serie de episodios de amistad; el segundo, escenas con Takako, o anécdotas que a Narijira le hacían recordar a Takako; el tercer acto entremezcla episodios de amor y amistad, para que al lector, por la sucesiva impresión de las olas del drama, le vaya quedando una idea cada vez más clara del amor. Como en una fuga musical, Takako es el tema que aparece, desaparece y reaparece. Por otra parte, ya desde el comienzo del ciclo segundo comienza a impregnar todo el conjunto otro pensamiento central: la transitoriedad del hombre y del amor. Esta idea, que es además sentimiento, se acentúa conforme nos acercamos al final. Cada vez aparece de un modo más persistente y vigoroso.

El ciclo séptimo, de verdadero arte consumado, presenta al Narijira de la historia fundido con el de la leyenda. Se intuye que el héroe va a morir pronto. Mezclados con escenas de su vida, aparecen sucesos de su nieto, o de personas de la generación siguiente, o escenas superrealistas, todas, sin embargo, empapadas del mismo sesgo de Narijira. El héroe acabará, y, sin embargo, se perpetuará. Lo que él deja lo recoge el pueblo.

Entre ciclo y ciclo hay uno o dos episodios como interludio, que sirven para enmarcar, y al mismo tiempo para concatenar las secciones.

Dentro de cada ciclo los poemas, o mejor dicho los episodios van ordenados mirando al efecto artístico. El redactor es en esto

imponderable. Tanto puede integrar las secuencias de acuerdo a una asociación lírica, como marchando en progresión emotiva, o siguiendo un orden geográfico. En ocasiones, en un alarde de estilo y con perfecto dominio de su arte, entremezcla en un ciclo determinado un episodio que parece no encajar, pero que encaja por contraste, porque la vida real es así, y las cosas humanas son imperfectas. Estas sorpresas de organización forman parte del plan.

En el original de la obra no se especificaba nada sobre este ordenamiento cíclico y progresivo. Pero los lectores del siglo X, habituados a la lectura de las Antologías Imperiales, donde también se seguían estas agrupaciones, descubrían con suma facilidad los hilos de conexión de las secuencias, y los ciclos de la obra. Esta facultad o sensibilidad parece que se perdió en siglos posteriores dentro del mismo Japón, y sólo muy recientemente se han vuelto a descubrir los criterios que regulaban el engarce interno de obras al parecer caóticas.

Para ayudar al lector hispano le he puesto título a los ciclos y a cada uno de los episodios.

La originalidad y el mérito del redactor de los *Cantares* está en haber conseguido dar unidad, dramatismo e intriga intelectual al material desordenado, o tal vez ordenado cronológicamente, del diario de Narijira. En esto, como en tantas otras cosas, abrió brecha nueva, y tan soberanamente, que en el Japón posterior nadie le consiguió igualar.

Primera historia novelada.

Primera narración lírica.

Primera épica dramatizada.

Primer ensayo sobre el amor y la muerte.

Con razón dice el profesor Minoru Watanabe, de la Universidad de Kioto, que los *Cantares* son la fuente misma de la literatura japonesa. Con razón ha sido la obra más estudiada, y la que más ha influido. Con razón, y sin duda, es también la mejor.

CONCLUSIÓN

Sólo resta repetir que este libro pide una lectura reposada y alerta. Hay que completar el no sé qué que quedan balbuciendo tanto Narijira como su juglar anónimo. ¿Caerá el lector en la cuenta de que todos los episodios amorosos con Takako en el Ciclo Primero tienen como escenario la noche? ¿Percibirá el escepticismo religioso de Narijira? ¿Sabrá quedarse en la imprecisión cuando el texto es deliberadamente impreciso, como en el episodio 49 entre Narijira y su hermanastra?

Si al terminar la lectura de esta obra alguien se pregunta que dónde está su grandeza, habría que contestar como Louis Armstrong al que le preguntaba qué era el jazz: «Si tienes que preguntarlo, no puedo contestarte.» Narijira fue un poeta grande por lo mismo que es grande un poeta en Occidente: por poseer, en equilibrio y en grande, los tres elementos necesarios en toda lírica: idea, sentimiento y expresión —y en expresión se incluyen fantasía, ritmo y riqueza verbal. Narijira fue un poeta natural, espontáneo, improvisador, que cantaba para su vida y no para las nubes. Su lírica estaba centrada en el hombre. Tan sencilla que casi no se ve el artificio, si es que puede decirse que lo haya.

Cantares de Ise, diminuto diamante, que para la pupila japonesa tendrá destellos que se nos escapan, pero que para el hispano tendrá también fulgores que caen fuera del alcance japonés. Como toda obra grande, pertenece a la humanidad entera.

EL TRADUCTOR

Kioto, 17 de febrero de 1977.

CANTARES DE ISE

[PRELUDIO]

1. *Mayoría de edad de Narijira*

Érase una vez un muchacho que acababa de cumplir quince años, y pudo ir ya a cazar a sus tierras en la aldea de Kásuga, cerca de la antigua capital, Nara. En la aldea vivían dos hermanas de extraordinaria hermosura. Al pasar junto a la casa donde vivían las dos, el muchacho pudo verlas por los huecos del seto del jardín,{*} y se quedó pasmado de encontrar tales bellezas en una aldeúcha cercana a la decaída capital. Entrando en acción, rasgó un trozo de su soberbio kimono de caza, improvisó y escribió sobre él un poema y se lo envió a las dos. La tela del kimono era un rico brocado de seda, con el diseño contorneado característico de los estampados de Shinobu, lugar que está en la lejana y norteña región de Michinoku. El poema decía así:

> Kimono teñido
> con eritrorrizas
> de Campo Kásuga:
> diseño de amar,
> maraña infinita.

Precocidad tenía el muchacho. En un instante se había apropiado y readaptado el poema que decía:

> Enredo en volutas:
> diseño en maraña
> en Michinoku.
> ¿Con quién me enredé
> que ya no me hallo?

Finos que eran los jóvenes de antaño.

[CICLO PRIMERO: AMORES CON TAKAKO Y DESTIERRO DE NARIJIRA]

2. *Noche y alborada*

Una vez vivía un hombre joven. La Corte ya se había trasladado de Nara a la nueva capital, pero aún no se había acabado de edificar ésta, cuando vivía en el barrio occidental una mujer que sobrepasaba en belleza a todas las demás. Y su carácter y simpatía rebasaban con mucho a su hermosura. No parece ser que estuviera del todo libre de compromiso, pero nuestro hombre, aunque pasaba por formal, se las arregló para enredarse con ella. A la mañana siguiente de una de sus visitas nocturnas, y vuelto el joven a su casa, estaba pensando en lo que había pasado la noche anterior. Era esto el día 8 de abril y caía una mansa lluvia primaveral. El joven, pues, le envió a ella un cantar que decía:

Noche sin dormir
y sin levantarnos,
y al clarear
sólo hago yo ver
el llover de mayo.

3. *Helecho y lecho*

Vivía una vez un hombre. Un día le envió a una joven de la que estaba enamorado un regalo de «helechos de mar», algas comestibles exquisitas. Y con el regalo, un poema:

Si tú a mí me quieres,
vamos bajo techo

a una vil choza.
Las mangas del traje
servirán de lecho.

Esto ocurrió cuando ella, que luego fue la famosa Emperatriz de la Segunda Avenida, aún no había pasado a ser consorte imperial ni pertenecía a la nobleza.

4. *Luna y primavera*

Una vez, cuando la Emperatriz Viuda residía en la parte oriental de la Quinta Avenida, había una dama de la Corte que vivía en una de las alas del palacio.

Nuestro hombre, aunque al principio pensó que conquistar a esta dama sería empresa desesperada, pudo verse con ella los dos solos varias veces. Pero he aquí que, de pronto y sin previo aviso, desapareció ella a principios de febrero. Y aunque él sabía muy bien dónde estaba, no era un lugar en el que cualquiera pudiese entrar y salir a discreción. Embebecido aún en las memorias de la dama, se le pasó un año. Cuando en el febrero siguiente los ciruelos estaban ya en plena floración, la querencia le llevó al lugar donde ella había residido un año antes. Se sentaba y miraba. Se ponía en pie y miraba. Sí, era el mismo lugar del año anterior, ¡pero todo le parecía tan diferente! Empapado en llanto, se sentó finalmente sobre el entarimado de la veranda, y así permaneció hasta que a las claras del día la luna se puso por el poniente.{*} Entonces, abrumado por el recuerdo, compuso este cantar:

¿No es ésa la luna?
Y la primavera,
¿no es la de siempre?
¿Cómo es que yo solo
soy el mismo que era?

Y volvió a su casa al amanecer, llorando y llorando por el camino.

5. *Centinela nocturno*

Una vez un joven visitaba en secreto a una dama del aristocrático barrio de la Quinta Avenida. No queriendo que sus visitas se evidenciaran, esquivaba el entrar por la cancela principal, y encontró en el muro de adobe un oportuno boquete que los niños habían abierto para sus juegos. El sitio de este boquete no era, por lo demás, llamativo ni frecuentado, pero tanto lo utilizó el joven para sus incursiones, que el dueño de la casa finalmente se percató de ello, y precavidamente apostó allí a un centinela nocturno. Llegó nuestro hombre y no tuvo más remedio que volverse sin verla. En su casa compuso el siguiente poema:

> Vereda secreta
> que voy y que vengo.
> ¡Ay, centinela,
> cada noche y noche,
> que te rinda el sueño!

La dama, por su parte, cayó en tal decaimiento que el dueño de la casa cedió, y recomenzaron las visitas nocturnas.

Bueno, en realidad había comentarios en Palacio de que nuestro hombre andaba visitando a la que después fue Emperatriz de la Segunda Avenida; y para evitar mayores males, los hermanos de ella fueron quienes habían colocado al vigilante. Eso se dice.

6. *Rapto nocturno*

Una vez, un joven estuvo bastante tiempo pretendiendo a una joven noble, la cual permanecía inaccesible. Por ello, una noche oscura la raptó y se la llevó.{*} Caminando, llegaron a un riachuelo que se llama Ákuta. Ella, viendo en el suelo gotas de rocío, preguntó: «¿Qué es esto?» El joven no contestó y prosiguió su fuga. Habían andado ya largo trecho, y la noche empezaba a clarear. En esto empezó a caer un intenso aguacero, con truenos terribles. El joven metió a la muchacha en una choza destartalada, ajeno a que había ogros por el contorno. Se quedó él fuera, vigilando, el arco en una mano y el carcaj en la otra. Mientras estaba estacionado allí,

deseando en su interior que amaneciese cuanto antes, un ogro se zampó a la joven de un solo trago. Ella gritó, pero su alarido no se oyó por el tronar de la tormenta. Cuando amaneció, el joven miró dentro de la choza y vio que ella había desaparecido. Dio un pisotón de rabia contra el suelo y lloró lo que no tenía remedio. Entonces recitó:

Preguntó: «¿Son perlas?»
Debí contestarle:
«No, que es rocío.»
Y como el rocío
volatilizarme.

Bueno, esto parece que sucedió cuando la que luego fue Emperatriz de la Segunda Avenida ya servía de dama de honor a su prima la Emperatriz. El joven la raptó, fascinado como estaba de su extraordinaria hermosura. Los hermanos de ella —Mototsune, que luego fue el famoso ministro Jorikaua, y Kunitsune, posteriormente Consejero de Estado— aún no habían recibido estos cargos; casualmente los dos esa noche pasaron en su camino a Palacio por las inmediaciones de la choza donde estaba ella, oyeron que alguien lloraba desconsoladamente, detuvieron al hombre y rescataron a la muchacha. Estos eran los ogros de que hablan las crónicas. Ha de saberse también que la joven era entonces casi una niña, y todavía no había llegado a la posición que después consiguió.

7. *Camino del destierro: las olas de Ise*

Una vez, nuestro hombre salió de la Capital por problemas espinosos que se le habían creado, y se dirigió hacia la región levantina. Al llegar a las playas que están en la región colindante de las provincias de Ise y Ouari, recitó este cantar:

Añoro los sitios
por verlos de paso,
y en mi pasión
envidio a la ola
que vuelve al pasado.

8. *El humo del Monte Asama*

Una vez, habiendo salido nuestro hombre de la Capital y estando de viaje hacia las provincias levantinas, porque la vida en la Corte se le hacía imposible, iba acompañado de uno o dos amigos. De camino vio por vez primera el humo que salía de un volcán, el Monte Asama, en la provincia de Shinano. Compuso:

Al ver en Shinano
el humo que sale
del Monte Asama,
se esté cerca o lejos
¿hay quien no se pasme?

9. *La nieve del Monte Fuyi y la gaviota de la Capital*

Una vez, cuando nuestro hombre decidió con despecho e impotencia que era inútil intentar seguir viviendo en la Corte, salió con uno o dos amigos en busca de otros pagos, en dirección a levante. Como no conocían los caminos, hacían el viaje perdiéndose y volviéndose a orientar. Y llegaron a un paraje que se llama «Ocho Puentes», en la provincia de Mikaua. La razón del nombre de este lugar es que los arroyos que confluyen allí forman una telaraña de agua, y para cruzarlos se habían levantado ocho puentes consecutivos. Al borde de los cauces se sentaron bajo unos árboles a tomar su almuerzo,{*} fiambre de arroz cocido y demás. Uno de los caminantes divisó de pronto que había unos lirios exuberantes en la ribera misma, y se le ocurrió: «¡A ver quién hace un poema acróstico con las cinco letras de la palabra lirio, y llevando como tema impresiones de viaje!» Nuestro hombre, en menos de nada, recitaba:

La ropa era china;
Y de tanto usarla,
Ropa mía es.
Y tú, mujer mía,
¡Oh, cuán alejada!

Al oír esto, los compañeros empezaron a llorar, y los lagrimones, cayendo sobre el arroz reseco, hicieron que éste se empapase y se hinchase.

Continuaron su viaje y llegaron a la provincia de Suruga. En las proximidades de Monte Real, el sendero que dieron en tomar presentaba un aspecto angosto y lúgubre, lleno de yedra y arces. Titubearon no poco si seguir o no, y estando en este trance apareció por la espesura un bonzo peregrino, el cual preguntó: «¿Qué hacéis en un camino como éste?» Nuestro hombre reconoció al bonzo de haberle visto una vez en la Capital, y le dio un mensaje para la que quedaba en Jéian-Kió, el cual mensaje decía:

Por el Monte Real
yo estaba en Suruga.
Ni en realidad
ni en sueños veía,
mujer, tu figura.

Cuando llegaron a divisar a lo lejos el Monte Fuyi, y a pesar de estar en pleno mayo, aún quedaban sobre las laderas lunares de nieve. Nuestro hombre recitó:

Este Monte Fuyi
no tiene estaciones.
Con nieve en mayo,
es pardo cervato
con blancos manchones.

Si se compara el Monte Fuyi con el Monte Jiei, vecino a la Capital, aquél será veinte veces más alto, y su forma semeja un cono de sal.

Continuaron la marcha y vinieron a un gran río que fluye entre las provincias de Musashi y Shimotsufusa. Es el río Sumida. Los tres caminantes se pusieron en una banda e inmediatamente pensaron con nostalgia en la Capital. «¡Qué lejos hemos venido!» El barquero interrumpió sus melancolías. «¡Súbanse ya, que se hace tarde!» Subieron a bordo y se prepararon a cruzar el río, todos sumergidos en los pensamientos de sus amadas que quedaban en la Capital. Un

pájaro del tamaño de una agachadiza —de color blanco, pico rojo y patas rojas— andaba por el agua comiéndose un pez. Como era una especie que se desconocía en la Capital, ninguno lo podía identificar. El barquero respondió, entendido y displicente: «No hay más que verlo: es una gaviota de la Capital.»

Nuestro hombre compuso inmediatamente:

> Ya que eres gaviota
> de la Capital,
> yo te pregunto:
> La que yo bien quiero
> ¿está bien, o mal?

Y sus compañeros rompieron en llanto.

10. *El ánsar de Val-Miioshi*

En aquel tiempo nuestro hombre había llegado a la provincia de Musashi. Y allí cortejó a una muchacha campesina. El padre de ésta se vino a enterar de ello, y dijo que ya tenía pensado con quién casarla. A la madre, en cambio, le agradó que a su hija la pretendiese un noble tan elegante. El padre de la joven era plebeyo, pero la madre era una Fuyiuara; de ahí que desease para su hija una boda aristocrática. La madre, pues, envió a su yerno en perspectiva un poema que compuso sobre el particular. Como vivían en la aldea llamada Val-Miioshi, en el distrito de Íruma, el cantar decía así:

> A un ánsar que vive
> en el arrozal
> de Val-Miioshi,
> cuando se te acerca,
> lo oigo cantar.

Nuestro hombre replicó con otro poema:

> Del ánsar que vive
> en el arrozal
> de Val-Miioshi,

que viene y me canta,
¿me podré olvidar?

Ni en las provincias dejaba de galantear nuestro hombre.

11. *Nube en Musashi*

Una vez, yendo nuestro hombre de viaje por las provincias levantinas, envió a sus amigos de la Capital este poema que compuso por el camino:

¡No echadme al olvido!
Que aunque estoy tan lejos
como las nubes,
como la alta luna
volveré yo a veros.

12. *Rapto en Musashi*

En aquel tiempo, estando por tierras de levante, nuestro hombre raptó a una joven y se la llevó a los campos de Musashi. Por tratarse de delito de rapto, el Gobernador provincial le mandó arrestar. Antes de que pudieran apresarlo, escondió a la muchacha en un baldío de grandes yerbas, y se dio a la fuga él solo. Ya merodeaban el lugar los alguaciles, y se oyó que uno de ellos decía: «En estos matorrales estará escondido el secuestrador…» Y decidieron prenderle fuego a los jarales resecos{*} para que saliese el culpable. Entonces la muchacha, excitada, exclamó:

¡No queméis Musashi!
¡Dejadlo por hoy!
Que mi pimpollo
está aquí escondido,
y escondida estoy.

Los alguaciles la oyeron y la sacaron. Pronto se descubrió también al hombre, y se los llevaron a los dos juntos.

13. *Estribos de Musashi*

Estando una temporada en Musashi, nuestro hombre escribió a su amante de la Capital: «Decírtelo por carta me cuesta mucho; no decírtelo me duele más.» En el sobre de la carta escribió: «Estribos de Musashi», como insinuándole que tenía amores nuevos en Musashi. Y ya no volvió a escribirle más. Como pasara el tiempo sin recibir noticias de su amado en la provincia, la mujer de la Capital le envió este poema:

¿Conque por Musashi
con estribos nuevos?
Pues yo, tan tuya.
Si no escribes, pena.
Y si escribes, celos.

Nuestro hombre no pudo aguantarse y escribió:

¿Celos si te escribo,
y si no, pena?
Pues yo en Musashi,
con estribos nuevos,
por ti me muriera.

14. *Una aldeana de Michinoku*

Rodando por el país, nuestro hombre llegó hasta los confines norteños de Michinoku. Allí una chica aldeana se le quedó locamente enamorada, entre otras cosas por tratarse de un apuesto hombre de la Capital. Conque le envió a él este poema:

Más, más que morir
de amor, yo quisiera
—breve y feliz—
el destino
del gusano de seda.

Se ve que hasta el poema era rústico y torpe. Pero a nuestro

hombre le dio compasión, la visitó y se acostó con ella. En plena noche se escapó él con tiento. Cuando volvió ella en sí y se encontró sola, compuso este cantar y se lo envió:

Cuando abra el día,
en una tinaja
lo ahogaré:
¡gallo intempestivo
que espantó a mi alhaja!

Nuestro hombre le mandó decir que tenía que volver a la Capital y le dejó este cantar:

Fueras tú de esbelta
lo mismo que el pino
de Kurijara,
como un souvenir
vinieras conmigo.

La chica hasta lo tomó a bien, y fue diciendo a las vecinas «Aquel noble caballero está enamorado de mí.»

15. *Otra aldeana de Michinoku*

Estando una vez por la lejana y norteña provincia de Michinoku —palabra que significa «Lo hondo del camino»—, nuestro hombre empezó a visitar a la esposa de un aldeano, y descubrió para su sorpresa que la mujer valía para mucho más que para estar en aquel miserable villorrio. Le dedicó este poema:

Quiero yo un camino
donde ir con tiento
por Montesiento,
y ver hasta lo hondo
el alma que quiero.

Al leer esto, la mujer se colmó de dicha. Pero al mismo tiempo pensó: «Sí, pero cuando vea lo hondo de mi corazón, va a darse

cuenta de que yo no soy más que una rústica aldeana. ¿Qué hacer?

[INTERLUDIO]

16. *Amistad de Narijira con Aritsune*

Una vez había un noble llamado Aritsune de Ki, el cual había servido a tres emperadores, llegando a tener gran influencia en la Corte. Cambiaron los vientos, y se encontró peor que los hombres del estado llano. Aritsune era, sin embargo, hombre de gran corazón, refinado en sus gustos, con una distinción natural. A pesar de su pobreza, conservó la elegancia de espíritu y modales de sus mejores días, sin preocuparse mucho por la estrechez de su vida.

Su esposa de muchos años, pues ya eran ambos ancianos, decidió de pronto meterse a monja, como lo había hecho ya también una hermana mayor. Dígase la verdad que Aritsune y ella desde hacía algún tiempo venían tratándose con algo de frialdad; pero de todos modos él sintió la separación, y sobre todo sintió no poder, a causa de su penuria, despedirla con algún regalo digno. Abrumado, Aritsune le escribió a un buen amigo: «… Y ahora mi esposa se separa sin que yo pueda hacerle el menor obsequio…» Al final de su carta Aritsune escribió este poema:

Conté con los dedos
los años que en ella
puse mi amor.
Con ser diez los dedos,
les di cuatro vueltas.

Su amigo se entristeció al saber esto, e inmediatamente le envió todo un juego de ropas nuevas, desde kimonos hasta batas de dormir. Y con el regalo iba este poema:

Contaron los años

cuatro veces diez.
¿Y cuántas veces
contó ella contigo
como esposa fiel?

Aritsune le contestó:

¿No es ésta aquella
túnica de plumas,
prenda del cielo?
Señor, pues que fue
vuestra vestidura.

Su alegría era tal que posteriormente escribió otro poema de agradecimiento:

¿Vino ya el otoño?
Que me parecía
que era rocío.
Y era aquel rocío
las lágrimas mías.

[CICLO SEGUNDO: AMORÍOS DE NARIJIRA]

17. *Cerezo, flor de primavera*

Nuestro hombre se pasó mucho tiempo sin visitar a una su amada. Un día, cuando habían florecido los cerezos, fue a visitarla y a ver las flores que resplandecían en el jardín. Ella recitó:

¡Ay, flor del cerezo,
que le achacan tanto
el ser fugaz,
y espera al que viene
una vez al año!

Él le contestó:

De no venir hoy,
mañana, cual nieve,
se esparcirá.
Si queda en el árbol,
flor ya no parece.

18. *Crisantemo, flor de otoño*

Una vez vivía una mujer de poca experiencia que se las daba de sabihonda. Y cerca vivía nuestro hombre. Ella, sabiendo que a él le gustaba la poesía, queriendo también pasar por elegante, y para lanzarle una indirecta, cortó un crisantemo ligeramente marchito,{*} cuyos pétalos blancos comenzaban ya por los bordes a adquirir un ligero desvaído rojizo, y se lo envió a nuestro hombre con un poema en que fingía no notar este color rojizo, símbolo de la pasión. El cantar decía así:

Dime tú dónde
se tiñó escarlata.
¿No tal parece
que la blanca nieve
cayera en su rama?

Como diciéndole: «Dicen que eres hombre apasionado; a mí me pareces blanco y frío como la nieve.» Nuestro hombre pretendió no haber entendido la sutileza y le contestó:

En el reborde
se tiñó escarlata.
¿No tal parece
este crisantemo
el borde de tu manga?

19. *Un otoño que invadió a la primavera (Narijira y su esposa)*

Nuestro hombre inició unos amores con una dama de las esposas del Emperador, pero pronto se enfrió su interés por ella. Los dos por fuerza se cruzaban en Palacio frecuentemente, pero él solía pasar de largo como si ella fuese invisible. Un día la mujer le recitó al pasar:

Te fuiste de mí
tan lejos que eres
nube del cielo.
Los recuerdos tuyos
a mis ojos vienen.

Él le respondió:

Si ando a la deriva
tan lejos que soy
nube del cielo,
es que en tu montaña
soplan vientos hoy.

¡Pero esto era como decirle que también ella tenía otros

amantes!

20. *Otro otoño que invadió a la primavera (Narijira y una mujer de Nara)*

Una vez nuestro hombre vio a una mujer que vivía en la región de Iamato. Se enamoró de ella en seguida, y en menos de nada la tenía conquistada. Pero al poco tiempo tuvo él que ausentarse a la Corte para servir al Emperador. Yendo de camino a la Capital, y aunque era abril, vio que las hojas de algunos arces se habían teñido de rojo como si fuese otoño. Cortó una ramita y se la envió con un poema que decía:

Esta rama de arce
para ti he cortado.
En primavera,
cual si fuera otoño,
roja se ha tornado.

La respuesta de la mujer le llegó cuando ya se hallaba en la Capital. Decía:

De verde a rojizo
se cambió al momento
—hoja y amor—
¡Ay, no es primavera
ya más por tu pueblo!

21. *Una que se fue*

Por aquel tiempo dos amantes se adoraban de tal modo que ninguno de ellos era infiel. Pero, lo que son las cosas, por una insignificancia ella decidió de pronto que estaba harta del amor y de todo, y que tenía que separarse. Efectivamente, se alejó de él, dejándole escrito en un biombo el siguiente poema:

Al verme partir,
frívola y mudable

me llamarán.
La verdad del mundo
la gente no sabe.

Él se quedó estupefacto al leer esto, porque por mucho que pensaba no lograba encontrar nada que pudiera haberla disgustado. Rompió a llorar y se dirigió a la puerta mientras pensaba por dónde debería buscarla. Pero por mucho que indagó, ella había desaparecido sin dejar rastro. Y con esto, volvió desolado a su casa. Allí recitó esta endecha:

No merece el mundo
la pena de amar.
Meses y años
viví de promesas,
de promesas vanas.

Y cayendo en la más sombría postración, continuó cantando:

¿Me recordará?
Yo sí la recuerdo.
Veo ante mí,
como una diadema,
su rostro y su cuerpo.

Y pasó el tiempo. La mujer, incapaz de sobrellevar por más tiempo la separación, le envió un día una tarjeta en que decía:

No quiero sembrar
la flor del olvido,
ni una semilla,
en tu corazón.
Tarde lo he sabido.

Él respondió:

Si tú me dijeras
que en tu pecho plantas
flores de olvido,

sabría que al menos
antes sí me amabas.

Y comenzaron a cambiarse mensajes más apasionados que nunca. Le escribió él:

Cuando a veces pienso
que tal vez me olvides,
mi corazón
siente más tristeza
que cuando te fuiste.

Ella le contestó:

Por el alto cielo
las nubes se alejan
sin dejar rastro.
Por ti yo me siento
nube pasajera.

Así se escribían. Pero ambos tenían ya otros amores, y no volvieron a verse.

22. *Otra que se fue (Narijira e Ise de Fuyiuara)*

Una vez dos amantes habían cortado sus relaciones por una nadería. Ella, que por lo visto hallaba más duro olvidar lo pasado, le escribió un día:

Siento pena y rabia
porque yo no olvido
que fuiste mío.
Teniéndote odio,
te tengo cariño.

Él comentó para sí: «Lo que me esperaba.» Y le respondió:

Ya que nos quisimos,
vamos a queremos:

aguas de un río
formando una isla,
juntándose luego.

Y con la misma fue a visitarla aquella noche. Hablaron de lo pasado, y de lo futuro, y de otras cosas. De pronto él le dijo:

Mil noches de otoño
cuéntalas como una.
Pues ni aunque goce
de ti diez mil noches
llegaré a mi hartura.

Ella le contestó:

Mil noches de otoño
hazlas como una.
Me pondré a hablarte,
y cantará el gallo
sin que yo concluya.

Y desde entonces él la quiso más que antes, y continuó visitándola fielmente.

[INTERLUDIO (DOS HISTORIAS RECOGIDAS EN EL DIARIO DE NARIJIRA)]

23. *Los niños de unos vendedores itinerantes*

Una vez, un niño y una niña, hijos de unos vendedores itinerantes, solían jugar juntos cerca de un pozo.{*} Cuando crecieron, empezaron a tener vergüenza el uno del otro, pero el niño pensaba casarse algún día con ella. Y ella también pensaba lo mismo. Por eso, cuando el padre de la niña decidió casarla con otro, ella se negaba. El niño le envió el siguiente poema:

Aquella mi talla
que antes no llegaba
hasta el brocal
lo ha sobrepasado
desde que no estás.

Ella le contestó:

El largo del pelo
me desafiabas.
¡Me llega al pecho!
¿Quién, si no eres tú,
lo va a levantar?

Y de este modo continuaron cambiando misivas, hasta que por fin se casaron.

Al cabo de unos años, el padre de ella murió, y la joven se quedó sin recursos para mantenerse. El marido pensó que no podía tolerar el caer en tanta pobreza, y se buscó una amante en Takaiasu, en la región de Kauachi. Así estaban las cosas. Pero cuando la esposa no

daba muestras de reprocharle nada, antes por el contrario le animaba a seguir visitando a su nueva amante, él empezó a sospechar si tal vez ella por su parte no se habría buscado otros amores. Por eso un día fingió irse a Kauachi, pero se quedó escondido entre los arbustos del jardín, picado por los celos. Desde allí vio que su esposa, después de arreglarse, aparecía bellísima en la veranda, y que mirando a la lejanía recitaba:

La tormenta brama.
Las olas se encrespan.
Cresta Dragón
cruzarás de noche
sin tu compañera.

Al ver esta escena, el hombre se quedó irremediablemente enamorado de su mujer, y dejó de ir por Kauachi.

Pero una vez se le ocurrió a él hacer una visita ocasional a Takaiasu, y encontró a su antigua amante, que le había parecido antes tan elegante, completamente desarreglada; y lo que es más, vio que ella misma tenía que servirse el arroz durante la comida, de la olla a la taza. Con esto se le pasó la poca ilusión que le quedaba, y esta vez dejó por completo de visitarla.

Un día, esta amante de Takaiasu compuso un poema, y lo recitó mirando en dirección a la región de Iamato, donde vivía nuestro hombre:

Mirando y mirando,
miro hacia tu tierra.
¡Nube, no escondas
la sierra de Ikoma,
aunque aquí me lluevas!

Y se le pasaban las horas mirando en dirección a donde vivía él. Un día le pasaron aviso de que el hombre de Iamato venía a verla, Pero aunque ella le esperó llena de alegría, pasaron los días sin que él apareciera. Ella le envió este mensaje:

¡Las noches de cita

que yo pasé en vela,
y no viniste!
Ya no espero nada,
y sigo en mi espera.

Pero el hombre no volvió.

24. *Un hidalgo provinciano*

Una vez, un hombre vivía con su esposa en una ciudad provinciana. Estando él al servicio de la Corte, tuvo que ausentarse a la Capital, y aunque se le hizo muy dura la separación, antepuso su obligación a sus sentimientos, y se fue. Pasaron tres años sin que volviera ni una sola vez a visitarla, y la mujer se cansó de esperar. Justamente la noche que ella esperaba por vez primera la visita de un pretendiente que la había estado solicitando largo tiempo, se presentó el marido. Llamó a la puerta y dijo: «Ábreme, soy yo.» Ella no le abrió, y en su lugar le dijo desde dentro:

Te esperé tres años
lindos como gemas,
y ahora vienes
la noche que espero
almohada nueva.

Él entonces respondió:

Arco de catalpa,
bonetero, zelkova,
como te quise
tantos tantos años
quereos ahora.

Dicho esto, empezó a alejarse de la casa. Ella salió desesperada tras él diciendo:

Arco de catalpa tuyo,
me tenses o no,

sólo hacia ti,
más firme que nunca,
va mi corazón.

Pero el hombre no se volvió. Llena de angustia, ella le siguió, pero sin poder alcanzarle. Finalmente llegó a un lugar donde corrían aguas cristalinas, y se dejó caer por tierra desconsolada. En una roca que allí había escribió, mojando el dedo en su propia sangre:

De mí te apartaste
sin apelación.
Como no pude
detener tus pasos,
aquí muero yo.

Y allí mismo quedó muerta.

[CICLO TERCERO: ¿QUÉ ES EL AMOR?]

[ACTO PRIMERO: DESENGAÑOS]

25. *Bahía sin codios (Narijira y Komachi)*

Una vez un hombre le envió un cantar a una mujer que no parecía negarse a recibirlo, pero que tampoco se decidía cuando llegaba la hora:

Por los bambúes —mañana de otoño—
vine a verte a ti.
Más se mojaron
de noche mis mangas
porque no te vi.

La mujer, que tenía ya su experiencia en cosas de amor, le respondió:

Pescador que ignoras
que yo soy bahía
que no da codios:
vienes porfiado,
las piernas cansinas.

26. *Puerto con tifón (Respuesta a una carta de la Emperatriz Ákiko que hacía referencia a lo de Takako)*

Una vez, un hombre le escribió a una señora que por carta le compadecía por no haber podido llevarse a cierta mujer que vivía en la Quinta Avenida:

Hay más llanto en mi manga
que olas tiene el puerto
donde fondea,
huyendo el tifón,
un barco chinesco.

27. *Bajo el agua de la jofaina*

Hace mucho tiempo, un hombre pasó la noche en la casa de cierta mujer, pero ya no volvió a visitarla. Ella, pasado mucho tiempo, quitó un día la tapa de bambú que cubría su aljofaina, y vio su propia imagen reflejada en el agua. Sintiéndose sola, exclamó:

Creí que no había
nadie que penara
como yo peno.
¡Y había allí otra
debajo del agua!

Pero el hombre lo estaba viendo todo, y le respondió:

¿No me viste a mí
en la palangana?
A coro croan
debajo del agua
incluso las ranas.

28. *Ni agua escapaba*

Una vez, a uno le tocó una amante que le dejó en busca de otras aventuras. Él dijo:

¿Por qué me prohíbes
que te vuelva a hablar?
¿No nos trenzamos
tan estrechamente
que ni agua escapaba?

29. *Flor del recuerdo (Reencuentro con Takako)*

Una vez, invitaron a un noble caballero a una fiesta de cumpleaños que se celebraba en el jardín de la madre del príncipe heredero, con ocasión de la floración de los cerezos. En la fiesta él recitó:

Nunca me he saciado
de mirar las flores
de los cerezos.
Nunca las he visto
como en esta noche.

30. *Breve cuenta de rosario*

Un día le escribió él a una amante que solamente le había recibido una vez:

Cuenta de rosario
fue lo tuyo y mío:
así de corto.
¡Y qué largo se me hace
tu corazón frío!

31. *Flor del olvido*

Una vez iba nuestro hombre por uno de los corredores del Palacio Imperial, y al pasar junto al aposento de una de las damas, ella, que sin duda debía de guardarle rencura por algún desengaño, le dirigió desde detrás de los biombos, con ánimo e intención de zaherirle, los dos últimos versos de este viejo cantar:

Como tenga vida
bien le amargará
ser olvidada.
Esa florecilla
¿en qué parará?

Él le contestó:

A la que maldice
a un hombre inocente,
lo de la sutra:
«la flor del olvido
le nazca en la frente».

En el mismo aposento había otras damas que le aborrecieron por esta contestación.

32. *Una nueva tela*

Una vez nuestro hombre le escribió a una amante con la que no había intimado durante varios años:

Desbarataremos
la urdimbre ya vieja
de un viejo paño,
y haremos los dos
una nueva tela.

Pero a ella no le hizo impresión, y no hubo respuesta.

33. *Marea creciente*

Un hombre tenía relaciones con una mujer que vivía en Mubara, en la costera región de Settsu. Un día ella le dijo que tenía miedo de que si él se iba, ya no volvería más a visitarla. Él la procuró calmar:

Como en la caleta
la marea sube
—no, con más fuerza—
en ti mi persona
piensa, anhela y sufre.

Ella respondió:

¿Hasta dónde me amas?

¿Cómo eres de honda,
rada escondida?
¿Podré sondearte
con una garrocha?

Para ser de una pobrecita aldeana, este poema, ¿vale o no vale?

34. *Dolor creciente*

Una vez un hombre le escribió a una amante que se había vuelto fría e indiferente:

Decirlo, no puedo.
No decirlo, quema
dentro del alma.
Sufrir solo y dentro
es lo que me quema.

Así se rendía, sin reparos ni comedimientos.

35. *Una nueva lazada*

Una vez un hombre envió la siguiente misiva a una amante de la que muy a pesar de ambos se había tenido que separar:

Un collar se ata
con una lazada.
Aunque se suelte,
atarlo de nuevo
bien que se podrá.

36. *Enredadera del monte*

Ella le acusó una vez de olvidadizo. Él le contestó:

Por cañada estrecha
sube hasta la cumbre
la enredadera

y no se detendrá
el amor que te tuve.

37. *Ruiponce*

Una vez un hombre empezó a frecuentar la casa de una mujer que sabía mucho de amores. No fiándose de su fidelidad, el hombre le mandó este poema:

No aflojes la faja
mientras no esté yo,
aunque el ruiponce
no espere a la noche
para abrirse en flor.

Ella le replicó:

Lacito apretado
con nuestras dos fuerzas,
¿podré yo sola
desembarazarlo
mientras tú no vengas?

[ACTO SEGUNDO: AMOR Y AMISTAD]

38. *¿Qué será el amor?*

Una vez fue nuestro hombre a casa de Aritsune de Ki, pero éste había salido a pasear y volvió tarde. Al verle por fin, nuestro hombre le dijo:

De ti, compañero
lo tengo aprendido:
lo que la gente
que vive en el mundo
dice que es cariño.

Aritsune le contestó:

Como no lo sé,
me dirijo al mundo:
¿Qué será, qué,
eso del cariño?
Soy yo el que pregunto.

39. *Como antorcha que se apaga*

Hubo una vez un emperador conocido como el Emperador del Palacio de Occidente. Tenía una hija llamada princesa Takaiko, la cual murió cuando estaba para cumplir veinte años. La noche del funeral, nuestro hombre, que vivía cerca del Palacio de Occidente, salió a ver la ceremonia, y se montó en el carruaje de una dama de palacio que se había situado en un buen sitio. El funeral se demoraba. La dama estaba llora que llora, e iba ya a desistir de ver el comienzo de la ceremonia cuando un noble llamado Itaru de Minamoto, el más mujeriego sobre la haz de la tierra, se acercó al carruaje. También él pretendía ver el funeral, y creyendo que en el interior del coche no había más que una mujer, empezó a hablar y a flirtear con ella. Entre otras cosas, Itaru echó dentro varias luciérnagas, metiendo la mano por los visillos. La dama temía que no fuera que con la luz que desprendían las luciérnagas su rostro y el del hombre dentro fueran expuestos a la vista de miradas indiscretas. Conque le pidió a nuestro hombre que extinguiera la luz de las luciérnagas. Precisamente en ese momento nuestro hombre exclamó:

Ya van a sacarla.
Se apagó su antorcha
irremisible
prematuramente.
Oíd cómo lloran.

Al oír esto, Itaru dijo:

Lamentos de muerte,
bien que los escucho.
De que su antorcha

se apagara o no,
no estoy tan seguro.

Para ser un poema del más célebre galanteador bajo el firmamento, no estaba lo que pudiéramos decir a la altura. Este Itaru fue abuelo de Shitagó. Y su conducta no pretendía insultar a la princesa difunta.

40. *Como antorcha que se enciende (Primer amor de Narijira)*

Una vez un joven se enamoró de una sirvienta de su casa, la cual no estaba del todo mal. Los padres de él, antes de que las cosas se complicaran, decidieron que sería mejor despedir de su servicio a la muchacha, pero no pasaron a los hechos. Como el joven aún dependía de sus padres para su sustento, no tenía medios de oponerse. Ella, por su parte, siendo de humilde condición, tampoco podía oponerse a la voluntad de sus amos. Estando en éstas, los dos se enamoraban cada vez más el uno del otro. Conque de repente la muchacha fue despedida y puesta a servir a otros amos. El joven derramó lágrimas de sangre, pero no pudo alterar los acontecimientos. Ella había desaparecido de su vista. Llorando y llorando, dijo él:

Si se la han llevado,
¿a mí qué me cuesta
dejar la vida?
Jamás sintió nadie
pena como ésta.

Y cayó desmayado. Sus padres se desconcertaron. Ellos sólo habían buscado el bien del muchacho, y jamás pensaron que ocurriera una cosa así. Pero la realidad es que el joven no recobraba el conocimiento, y los padres apresuradamente comenzaron a rogar al Cielo por él. El desmayo ocurrió un atardecer. Al crepúsculo del día siguiente, el joven empezó a dar señales de vida.

Así amaban los jóvenes antiguamente. ¿Podrán amar así los viejos de ahora?

41. *Violetas (Narijira y su cuñada)*

Antiguamente había dos mujeres que nacieron de la misma madre. La una se casó con un hombre pobre y plebeyo. La otra, con un noble. La que tenía marido plebeyo estaba un día a finales de diciembre lavando el kimono de fiesta de su marido, y alisándolo con sus propias manos. Aunque se esmeraba, no estando acostumbrada a tan servil tarea, hizo un desgarrón en el hombro. Se quedó sin saber qué hacer, y empezó a llorar y llorar. Supo de esto el hombre noble su cuñado, y movido a compasión le envió un espléndido kimono de color azul oscuro, estatuido para los cortesanos del sexto rango. Con el regalo iba este poema:

Cuando el violeta
se hace más intenso,
el prado entero
parecen violetas,
mirando de lejos.

Así refundía el viejo poema sobre Musashi.

42. *Huellas*

Una vez un hombre entabló relaciones con una mujer, aun a sabiendas de que ella era más bien coqueta y alegre. No le importaba por lo visto que fuera así. Aunque la visitaba con frecuencia, empezó a sospechar de su fidelidad, pero no por eso dejaba de acudir a ella; de tal modo se le hacía insoportable pasar sin sus amores. Pero por asuntos inaplazables una vez estuvo dos o tres días sin visitarla. No pudiendo ir en persona, le mandó este poema:

¡No se habrán borrado!
Huellas que dejé
cuando me vine.
¿Quién las andará
para ir a verte?

Se reconcomía de sospechas.

43. *Cuclillo (Narijira es el segundo hombre)*

Esto era una vez que el hijo de un Emperador, el príncipe Kaia, se enamoró de una mujer y la colmó de favores. Esta mujer tenía otro galán alrededor. Y finalmente había un tercer hombre que creía que era suya solamente. Este tercer hombre vino a saber de la existencia de los otros dos, y le envió a ella un dibujo de un cuclillo con el siguiente poema:

Pájaro cuclillo,
muchos son los pueblos
donde tú cantas.
Quisiera olvidarte,
y sólo en ti pienso.

Ella, para arreglar el percance, repuso:

El pájaro cuco
que lleva la fama,
cantando llora
tu olvido y tus dudas
sobre mis andanzas.

Esto ocurría en junio. El joven respondió:

Ay, pájaro cuco
de muchas andanzas,
yo te querré
con tal que en mi pueblo
oiga tu cantar.

44. *Despedida de amigo*

Una vez un hombre tenía un amigo que se iba destinado como funcionario a una provincia. Como eran íntimos, le invitó a su casa para darle una fiesta de despedida, e hizo que su propia esposa les

escanciara el vino. Como regalo, le obsequió con un faldón en cuya cintura prendió una tarja con este poema, en el que decía en nombre de su esposa:

Como me he quitado
por ti, que nos dejas,
este faldón,
me quedo sin prenda,
me quedo sin pena.

De todos los poemas que se leyeron en aquella ocasión no lo hubo mejor, de forma que nadie se atrevió a recitar nada después; bien que este poema no fue recitado, sino leído en silencio, quedando el sentimiento en lo hondo del pecho.

45. *Un ardiente día de verano*

Una vez vivía un hombre. Una joven, que había sido criada por sus padres con todo esmero y cuidado, no hacía más que pensar en cómo podría declararse a ese hombre. Pero encontrándolo más que difícil, cayó enferma de muerte, y en el trance final confesó a sus padres el cariño que la mataba. Su padre, al oír esto, se puso a llorar y a llorar, y a toda prisa fue a llamar a nuestro hombre. Este acudió en seguida sólo para hallar que la muchacha ya había muerto. Se quedó allí para lamentar tan triste suceso. Era el mes de julio y hacía mucho calor. Por la noche nuestro hombre participaba en la música que se le ofrecía como consuelo al alma de la muchacha. Entrada la noche, comenzó a soplar una brisa fresca, y las luciérnagas revoloteaban por el aire.{*} Mientras las contemplaba largamente, el hombre cantó:

Id hasta las nubes,
luciérnagas, volando.
Decidle al ánsar
que el viento de otoño
ya viene soplando.

Contemplando el sol

largo del verano
me pasé el día,
sin saber por qué,
apesadumbrado.

46. *A un amigo lejano*

Una vez, nuestro hombre tenía un amigo íntimo. Nunca se separaban. Sucedió que este amigo tuvo que ausentarse a una provincia lejana, y muy a pesar de ambos se separaron. Pasado el tiempo, este amigo le envió una carta que decía: «¡Qué largo se me ha hecho el tiempo que llevamos sin vernos! Estoy preocupado de que me hayas olvidado. Ya dicen que cuando los ojos no ven, el corazón olvida…»

Al leer esto, nuestro hombre compuso un cantar y se lo envió:

Creerme no puedo
que estemos ausentes,
no habiendo día
que yo a ti te olvide.
En sombras me vienes.

47. *Talismán*

Una vez nuestro hombre se enamoró de una mujer y pensó hacerla suya. Ella había oído que él era muy mujeriego, y se mantenía fría. Como respuesta a sus declaraciones, ella le dijo:

Te tocan más manos
que a los talismanes
de ramo santo.
Y aunque pienso en ti,
no quiero entregarme.

Él le contestó:

Talismán me llamas;
y al ramo santo

lo echan al río…
que siempre me arrima
hacia tu remanso.

48. *Esperando y esperando*

Érase una vez que nuestro hombre esperaba la visita de un amigo al que había prometido darle una fiesta de despedida. Pero el amigo no se presentó. Nuestro hombre recitó:

Ahora lo he sabido:
que esperar amarga,
y que sin falta
debí de haber ido
donde ella esperaba.

49. *Narijira y su hermanastra*

Una vez un hombre se sentía muy enamorado de su hermanastra y le dijo:

Esa yerba
que me parecía
tan niña y suave
para revolcarme,
¿otro la engavilla?

Ella le replicó:

¡Palabritas raras
cual retoños nuevos
que tú me hablas!
Yo a ti te quería
sin dobles intentos.

[ACTO TERCERO: CRESCENDO DE AMOR, Y SOLEDAD]

50. *Flor del cerezo caída*

Una vez un hombre, aborreciendo a la que le aborrecía, le dijo:

Apila cien huevos
uno sobre otro…
Pues aunque puedas,
¿a quien no me quiere
voy a querer yo?

Ella le contestó:

El rocío a veces,
cuando se evapora,
deja una gota.
Pues ni el rastro espero
yo de tu persona.

Él le dijo:

¿Resistirá al viento
la flor del cerezo
por más de un año?
Yo lo creería,
y a ti no te creo.

Ella:

Números no escribas
en agua que pasa,
que duran poco.{*}
¿Cómo voy yo a amar
a quien no me ama?

Y él:

Al agua que corre,
y al tiempo que pasa,
y a la flor vana,

¿quién podrá mandarles
detener su marcha?

Tal es la historia de un hombre y de una mujer reprochándose mutuamente de infidelidad, siendo efectivamente ambos infieles.

51. *Flor del crisantemo sembrada*

Una vez nuestro hombre plantó un crisantemo en el jardín frontal de una mujer, y recitó:

Planta bien plantada,
como haya otoño,
florecerá.
Y la flor se seca,
pero habrá retoño.

52. *Faisán*

Érase una vez que una mujer le envió a nuestro hombre, con ocasión de la Fiesta del 5 de mayo, «el Día de los Niños Varones», un mazapán de arroz ribeteado con ácoros. Él le respondió:

A cogerme ácoros
fuiste a la floresta.
Yo por los campos
estuve cazando,
sin ti, con tristeza.

Y con el poema iba un faisán.

53. *Gallo*

Una vez nuestro hombre logró visitar de noche a una mujer que le había costado mucho convencer. Y cantó el gallo al clarear, cuando aún estaban de charla y otras cosas. Él comentó:

¿Por qué canta el gallo?

Para el que te ama
siempre en secreto,
aún es de noche,
y noche cerrada.

54. *Rocío de la mañana*

Una vez, a una que le mostraba indiferencia, nuestro hombre le envió este cantar:

Buscándote en sueños,
ni en sueños te encuentro.
Al despertar,
empapa mis mangas
rocío del cielo.

55. *Espera*

Una vez nuestro hombre le envió a una que parecía imposible de conquistar:

Puede ser verdad
que me has olvidado,
pero recuerdo
cosas que tú hablabas,
y sigo esperando.

56. *Rocío de la tarde*

Una vez un hombre pensaba en ella al acostarse, pensaba en ella al levantarse, pensaba en ella demasiado. Y compuso:

Aunque no es mi manga
barraca entre yerbas,
viene el rocío
al caer la tarde
a morar en ella.

57. *Angustias*

Una vez un hombre estaba enamorado sin decírselo a nadie. Como a ella le era indiferente, él le mandó el siguiente poema:

De amor languidezco.
Tu amor me aniquila,
como el bichito
que va carcomiendo
la ova marina.

58. *En Nagaoka: soledad*

Una vez un hombre de mucha experiencia en cosas de amor se edificó una casa en Nagaoka, y vivía allí. Había cerca un palacio, y las damas que servían en él, que eran de gran hermosura, vieron un día a nuestro hombre segando el arroz. Y se dijeron las unas a las otras: «¡Que un hombre tan guapo tenga que hacer tal trabajo!» Y todas juntas se acercaron a la casa. El hombre las vio venir y se escondió dentro, lo más dentro que pudo. Entraron las mujeres, y al no verlo, dijo una:

¡Solar desolado!
¿Cien generaciones
lo habrán gastado?
Que no se ve al dueño,
no se le oye.

Oyendo el alboroto, el hombre recitó desde dentro:

En las casas viejas,
en su lobregura
llena de yedra,
se escuchan a veces
ruidos de brujas.

Las mujeres exclamaron: «¡Vamos a recoger las espigas caídas!» A lo que dijo el hombre:

Si quisierais todas
recoger moragas
en soledad,
en el mismo campo
yo os ayudara.

59. *En el Monte Jigashi: el agua de la muerte*

Una vez nuestro hombre debió de cansarse de vivir en la Capital, porque se fue a vivir a una aldeíta junto al Monte Jigashi. Dijo:

Vivir en la Corte
me tiene hastiado.
Entre los montes
tendré mi escondrijo,
buscaré yo amparo.

Dicho esto cayó enfermo hasta el punto de parecer medio muerto. Una mujer le echó agua en la cara, y volviendo en sí, dijo:

Gotas de rocío
me cubren el rostro.
¿Son salpicones
del remo del bote
que lleva a los muertos?

Y con esto volvió a la vida.

60. *En Usa: aquel azahar*

Antiguamente un hombre estaba demasiado ocupado sirviendo a la Corte, cosa que no debía parecerle bien a una amante, porque ésta se escapó a una provincia con otro que decía que la quería. Sucedió que una vez tuvo que ir nuestro hombre como enviado del Emperador a la provincia de Usa, y descubrió allí que ella era la esposa precisamente del oficial encargado de recibirlo y agasajarle. Dijo, pues, a este oficial: «¡Que tu propia esposa nos sirva el vino! De lo contrario, no beberé.» Y cuando ella escanciaba, nuestro

hombre tomó en sus manos una mandarina que estaba en una bandeja para frutas y exclamó:

¡Azahar de mayo
de la mandarina!
Me huele a mí
igual que el kimono
de una antigua amiga.

Oyendo esto, la mujer recordó lo pasado, se hizo monja, y vivió desde entonces en las montañas.

61. *En Tsukushi: el agua del amor*

Una vez, estando nuestro hombre de viaje por Tsukushi, oyó que una mujer de la casa donde se hospedaba decía desde detrás de una cortina: «¡Qué guapo! Y dicen que le gustan las mujeres.» Él replicó:

Hombre que ha cruzado
el Río Las Tintas,
¿será posible
que salga mojado
y no sea un pinta?

Ella repuso:

Si es cuestión de nombres,
la Isla Flirteo
burdel sería.
Pícaro, tú picas
salpicado o seco.

62. *En una provincia: aquel cerezo*

Una vez una mujer que había sido mucho tiempo la amante de nuestro hombre, como quiera que no fuese especialmente avispada, se fue con un cualquiera, y terminó de criada de un hidalgo provinciano. Allí la encontró una vez nuestro hombre, y ella estuvo

sirviendo a la mesa. Llegada la noche, nuestro hombre dijo al señor de la casa: «Quisiera hablar con la criada que nos estuvo sirviendo antes.» Y entró ella en su habitación. Él le preguntó: «¿Ya no me conoces?» Y en seguida añadió:

¿Dónde se habrá ido
tu color de entonces,
flor del cerezo?
Que eres tronco seco
sin hojas ni flores.

Pero ella estaba allí avergonzada, sin responder. Él le dijo: «Aún no me has contestado.» Entonces dijo ella: «Con el llanto no puedo ver ni hablar.» Él exclamó:

¿Conque ésta es aquélla
que para no verme
huyó tan lejos
y al cabo del tiempo
no le ha ido bien?

Y quitándose él su kimono, se lo entregó; pero ella lo dejó allí mismo y huyó, sin que pudiera él averiguar a dónde.

[INTERLUDIO]

63. *Por los resquicios del seto*

Una vez una mujer de mucho mundo y temperamento apasionado no hacía más que pensar cómo podría conseguirse un hombre que la quisiera. Pero no teniendo oportunidad de declararse a nadie, se inventó un sueño, llamó a sus tres hijos y les pidió que se lo interpretasen. Dos de ellos escucharon el sueño y le dieron una interpretación seca y desabrida. Pero el menor le dijo: «En tu vida va a aparecer un hombre estupendo.» Con esto a la madre se le levantó el ánimo. El hijo menor pensó: «¡Qué poca compasión tienen los hombres! ¿Cómo podría conseguir que mi madre se viese con el coronel Zaigo?»

Efectivamente, estando Zaigo de cacería, este buen hijo se le acercó y le llevaba por el camino las bridas. Y mientras caminaban, le contó a Zaigo lo que su madre pensaba y padecía. Zaigo tuvo compasión de ella, la visitó y durmieron juntos.

Pero pasó el tiempo sin que volviera a visitarla. Un día la mujer salió y fue a casa de Zaigo, pero se contentó con verle por entre las rendijas del seto del jardín.{*} Zaigo la descubrió y exclamó:

> Para centenaria
> un año le falta:
> canas en greña.
> La que a mí me quiso
> parece un fantasma.

Y levantándose, se dirigió a la puerta como para salir de la casa. La mujer, al ver y oír esto, salió corriendo de vuelta a su casa. Loca como iba, no tomó el camino ordinario, sino que cruzó por un

descampado, arañándose con las zarzas y las ortigas. En llegando, se echó por el suelo. Pero Zaigo, que la había seguido en secreto, estaba fuera viéndolo todo. La mujer suspiró y se dijo: «Voy a acostarme.» Y añadió:

¿También esta noche
tendré que dormir
sobre mi estera,
el kimono puesto,
sin él junto a mí?

Nuestro hombre tuvo compasión de ella, y esa noche durmieron juntos.

Por lo general, la gente hace el amor con aquellos que les gustan, y no lo hacen con aquellos que les disgustan. Pero nuestro hombre tenía un corazón que no hacía distinciones.

64. *Por los resquicios de la persiana*

Una vez un hombre amaba a una mujer que no hacía por verlo y hablarle en privado. Él se dijo: «¿En qué va a parar esto?» Y le envió a ella este cantar:

Quisiera ser viento
e ir a tu persiana,
por los resquicios
meterme en tu cuarto
y rozar tu cara.

Ella le respondió:

Aunque sea el viento
que nadie lo para,
¿con qué permiso
va a cruzar los huecos
de mi persiana?

[CICLO CUARTO: TAKAKO, EMPERATRIZ]

65. *Exorcismos*

Antiguamente había una mujer que era la consorte del Emperador, y se le había permitido vestir kimono bermejo, color prohibido para los demás nobles. Ella era prima de la madre de este emperador. Había también un noble, relativamente joven, de la casa de los Ariuara, que servía en la Sala Imperial de Audiencias, y que tenía relaciones con esta mujer. Lo que es más, una vez entró él en la Sala de Audiencias, y viéndola a ella en su sitial entre las demás damas, se acercó a ella enfrente de todos y se puso a hablarle. Ella le dijo: «Eres horrible. Vas a causar mi perdición. Déjame en paz.» Él le contestó:

> Las formalidades
> tienen menos fuerza
> que mi querer.
> Con que yo te vea,
> ¡venga lo que venga!

Ella se retiró inmediatamente a su aposento, pero él enfrente de todos salió tras ella.

Las cosas habían ido a tales que ella decidió salir de Palacio y volver a su casa. Él entonces vio en esto su gran oportunidad, y fue allí a visitarla. Todo el mundo se enteró del caso y se sonreía. A la mañana siguiente de esta visita, el ujier imperial vio cómo él, antes de entrar en palacio, se quitaba las botas de montar y las metía en todo lo hondo del casillero para los calzados que había en el zaguán, como para que nadie notara que había pasado la noche fuera.

Nuestro hombre se dio cuenta de que seguir comportándose de ese modo conduciría inexorablemente a su propia destrucción, y empezó a rogar a Buda y al cielo: «¡Removed de mí esta pasión que me posee!» Pero cuanto más rogaba, más vehemencia sentía por la mujer.

Cuando se sintió completamente absorbido por su amor, llamó a los hechiceros y diáconos del Shinto, los cuales trajeron sus amuletos y talismanes, y todos juntos fueron al río. Allí se hicieron los exorcismos, pero lejos de decrecer su pasión se intensificó aún más. Recitó él:

Para que no ame
hacen exorcismos
en Río Puro.
Se ve que los dioses
no piensan lo mismo.

Y dicho esto, volvió a su casa.

El Emperador era apuesto y hermoso de facciones. Muy devoto de Buda, recitaba las sutras con voz solemne y majestuosa. Cuando ella le escuchó una vez entonando sus oraciones, lloró y se dijo: «¿Qué habré hecho yo en mis otras vidas para que en ésta no pueda servir a tal señor, y me tenga encadenada ese Ariuara?»

Por fin el Emperador se enteró de todo y mandó desterrar a nuestro hombre fuera de la capital. La madre del Emperador, y prima de ella, la mandó salir de Palacio, encerrándola en un almacén. Allí encerrada lloró y se dijo:

Aunque lloro y sé
que en mi culpa muero,
como el bichito
dentro de las algas,
no, no me arrepiento.

Nuestro hombre venía por las noches desde su destierro, y acercándose a la prisión de ella tocaba desde fuera la flauta y cantaba melodías tristísimas. Ella le escuchaba y sabía que era él, pero no podía verle. Y se dirigía a él en el fondo de su corazón:

Piensas que quizás
el día viniera…
Pena me das.
No sabes que ya
no soy la que era.

Aunque sin poder verla, el hombre seguía noche tras noche viniendo a donde estaba ella. Y le cantó:

Todo para nada:
venir y volver.
Luego me arrastran
las ganas de verte,
y vuelta otra vez.

Todo esto ocurrió durante el reinado del emperador Séiua, que está sepultado en Minó, en la Capital. Su madre fue la Emperatriz del Salón Damasquinado; hay quienes la confunden con la Emperatriz de la Quinta Avenida.

[INTERLUDIO: TRÍPTICO PAISAJÍSTICO]

66. *Puerto de Naniua*

Una vez un hombre tenía unas posesiones en la provincia de Settsu y fue a visitarlas en compañía de sus hermanos y amigos. Al llegar a Naniua vieron la playa y las barcas. Nuestro hombre compuso:

> Puerto de Naniua,
> te vi esta mañana,
> y en tus caletas
> barcos que navegan
> con pena en el alma.

Todos volvieron saboreando la soledad de este poema.

67. *Monte Ikoma*

Una vez un hombre, para despejar las melancolías que lo embargaban, salió un mes de marzo con varios amigos a la provincia de Izumi. Al llegar a Kauachi, miraron todos en dirección del Monte Ikoma, donde el cielo tan pronto se nublaba como se despejaba, cambiando constantemente el aspecto de la sierra. Estuvo nublado a la mañana y despejado al mediodía. Por fin aparecieron a la vista los árboles del monte, que aún conservaban en sus ramas la nieve recién caída. Al ver el espectáculo, nuestro hombre fue el único entre todos en componer un cantar:

> Ayer, hoy las nubes
> lo contorneaban
> por ocultarlo.

Del bosque de flores
celo les entraba.

68. *Playa Sumiioshi*

Una vez nuestro hombre iba de viaje a la provincia de Izumi. Él y sus acompañantes llegaron a la playa de Sumiioshi, que está en la aldea de Sumiioshi, región de Sumiioshi. Les gustó tanto el paraje que desmontaron de sus caballos. Uno de ellos exclamó: «¡A ver quién le hace un cantar a la playa de Sumiioshi!» Nuestro hombre dijo:

Ya vendrá el otoño:
ánsares que cantan,
los crisantemos…
Pero en primavera,
¡Sumiioshi y su playa!

Y nadie se atrevió a componer nada después de oír esto.

[CICLO QUINTO: IÁSUKO, LA VIRGEN DE ISE]

69. *Vado reseco*

Érase una vez que vivía un hombre que era Montero de Su Majestad. Fue enviado por la Corte a una cacería a la provincia de Ise, al otro lado de la aduana y puerto montañoso llamado el Paso de Ósaka, palabra ésta que significa Montamor.

La madre de la princesa que servía en el Santuario de Ise como Virgen Sacerdotisa, le mandó decir a ésta: «Tienes que recibir a este hombre mejor que a cualquier otro.» Como era el deseo de su madre, la joven le agasajó cuanto pudo. Por la mañana ayudó personalmente a los preparativos de la caza, y por la tarde dio alojamiento al Montero Imperial en su propio palacio. Hasta ahí llegó en sus atenciones.

Al anochecer del segundo día, el hombre le dijo: «Quiero verte como sea.» La joven también quería hablar con él en privado, pero como había ojos indiscretos, desistió de ello. Siendo nuestro hombre el jefe de los enviados, su aposento no estaba muy separado del de ella. Por eso, una vez que ella se aseguró que todos dormían apaciblemente, fue al aposento de nuestro hombre pasada la medianoche. Él tampoco podía dormir, y estaba echado, mirando la noche, cuando advirtió a la pálida luz de la luna que ella estaba fuera en pie, acompañada de una doncella niña.{*} Lleno de gozo le dijo: «Entra a donde estoy acostado.» Entró y estuvieron hablando desde las doce hasta las tres de la madrugada, hora en que ella se volvió sin haberle declarado sus sentimientos. El hombre, entristecido, pasó el resto de la noche sin dormir.

A la mañana siguiente seguía pensando en ella, pero decidió que no convenía enviarle mensaje alguno a través de sus vasallos, y optó por esperar. Ya entrada la mañana, le llegó de ella el siguiente

cantar, sin más mensaje:

¿Viniste tú a mí?
¿O fui yo a tu vera?
Yo no lo sé.
¿Sueño? ¿Realidad?
¿Dormida? ¿Despierta?

El hombre empezó a llorar y compuso:

Con sombra en el alma
y llanto en los ojos,
¿podré saberlo?
Dímelo esta noche,
si fue sueño o no.

Le envió a ella este poema, y salió de cacería. Y andaba por los campos, pero su corazón estaba ausente, y no hacía sino repetirse: «Esta noche sí que nos veremos, y cuanto antes.»

Pero he aquí que el Gobernador de la provincia, y también encargado del Santuario, sabiendo que habían venido los Monteros de Su Majestad, les quiso obsequiar con una fiesta de despedida, y estuvieron bebiendo toda la noche, con lo que nuestro hombre tampoco pudo verla.

A la mañana él tenía ya que partir para la provincia de Ouari. Así que, derramando lágrimas de sangre, tuvo que desistir de conseguirla. Cuando ya clareaba la mañana, le llegó a su aposento, de parte de la Virgen Sacerdotisa, un regalo de despedida: una copa con su pedestal, en el cual estaba escrito:

Lo nuestro fue un vado
que un hombre cruzó
¡ay! sin mojarse…

Faltaban los dos últimos versos. Nuestro hombre entonces cogió una brasa de una antorcha y escribió sobre el pedestal, completando el poema:

Cruzaré otra vez
Paso Montamor.

Y a la mañana partió para la provincia de Ouari.

Durante el reinado del emperador Séiua, que está enterrado en Minó, en la Capital, era Sacerdotisa de Ise la hija del emperador Montoku, y hermana menor del príncipe Koretaka.

70. *Ajomate*

Una vez nuestro hombre, volviendo de su misión como Montero de Su Majestad, se detuvo en la posada del puerto de Oiodo, y a una doncellita que servía a la Virgen de Ise le dirigió el siguiente cantar:

¿Por dónde pudiera
pescar ajomates?
Con la garrocha
señálame el sitio,
barca de los mares.

71. *Las tapias del templo*

Una vez nuestro hombre había ido al palacio de la Virgen de Ise como enviado imperial. Estando allí, una mujer que servía en el Santuario, y a la que le gustaba el amor le dijo al pasar:

Estoy por saltar
las tapias del templo
de Dios potente,
con ganas de ver
al gran palaciego.

Él le contestó:

Si sientes impulsos,
anda y ven a verme,
que Dios potente
no veda en su ley

el poder quererse.

72. *Ella es pino*

Sucedió que nuestro hombre encontraba difícil verse otra vez con una mujer en la provincia de Ise. Con que se enfadó con ella y le dijo que se iba a otra provincia. La mujer le contestó:

Los pinos de Oiodo
no les hacen daño,
pero las olas
con despecho fiero
se van retirando.

73. *Ella es casia*

Una vez nuestro hombre sabía dónde estaba ella, pero no le era lícito ni enviarle cartas. Dijo él en soledad:

A la casia inmensa
que crece en la luna
yo te comparo,
que aunque yo te vea,
no te toco nunca.

74. *Sierras y rocas*

Una vez un hombre se impacientaba amargamente contra una mujer y dijo:

No hay ninguna sierra
que haya que cruzar
trepando rocas,
pero no nos vemos…
¡Y mi amor aguanta!

75. *Algas y almejas*

Una vez un hombre le dijo a una mujer: «¿Por qué no vivimos juntos en Ise?» Ella replicó:

Las playas de Oiodo
crían algas verdes.
Yo me conformo
con verte de lejos
sin que salga a verte.

Esto le pareció a él el colmo de la frialdad, y respondió:

¿Se va a quedar todo
en ver algas verdes?
Para cogerlas
se mojan los hombres.
Verte, no. ¡Comerte!

Ella:

Si te sabe a poco
ver algas verdejas,
ya la marea,
que sube y que baja,
traerá una almeja.

Él:

Mi ropa exprimía,
empapada en llanto.
Lo que salía
era tu dureza
que iba goteando.

En verdad era una mujer difícil de conseguir.

[INTERLUDIO]

76. *El Cerro Salino (Reencuentro con Takako)*

Una vez, cuando a la Emperatriz de la Segunda Avenida se la llamaba «la Madre del Príncipe Heredero», fue ella a rezar al santuario de su dios tutelar. Estaba allí un hombre ya maduro, que servía como oficial de la Guardia de Palacio, el cual, cuando los demás recibían dádivas de los sacerdotes del templo, recibió un regalo del palanquín que llevaba a la Emperatriz. Como agradecimiento le envió a ella el siguiente cantar:

El Cerro Salino
que se alza en Ojara
hoy me recuerda
el tiempo divino,
edades pasadas.

¿Sentiría él tristeza en su corazón? ¿Qué sentiría? No lo sabemos.

[CICLO SEXTO: EN LA CORTE]

[ACTO PRIMERO: CORAZÓN DE AMIGO]

77. *Montes en primavera*

Una vez vivía un emperador que es conocido por estar sepultado en Tamura. Entre sus amantes había una mujer noble llamada Takákiko. Sucedió que murió ésta, y se celebraban sus funerales en el templo budista de Anyó. Todos venían y hacían sus ofrendas fúnebres, de forma que éstas subieron a más de mil. Estaban colgadas de las ramas de los árboles, frente al pabellón del templo, así que parecía que las montañas se hubiesen movido y vinieran a rendir respetos a la dama difunta. Vio el espectáculo Tsuneiuki de Fuyiuara, que era General de la Guardia de Palacio, División Derecha, y cuando acabaron las preces, mandó llamar a los poetas y les dijo: «Hacedme un poema que celebre los funerales de hoy, pero llevando a él el espíritu de la primavera.» Un hombre de edad madura, que era Mayoral de los Establos Imperiales, compuso un poema en el que decía, como si sus ojos le engañaran:

Si todos los montes
hoy se nos acercan,
es porque vienen
para despedirse
de la primavera.

Leyendo ahora tal poema, se ve que no es esencialmente bueno. En aquel entonces fue el mejor que se hizo, y los presentes quedaron impresionados.

78. *Roca en primavera*

Una vez había una amante del emperador, la cual se llamaba Takákiko. Falleció ella, y siete semanas después se hacían oraciones por ella en el templo budista de Anyó. El general Tsuneiuki de Fuyiuara asistió a los responsos, y a su vuelta a la Capital pasó por el palacio de Iamáshina, donde residía el príncipe Iamáshina, que se había hecho monje budista. El palacio tenía jardines con riachuelos y pequeñas cascadas,{*} y estaba preciosamente construido. Dijo Tsuneiuki al príncipe bonzo: «Alteza, todos estos años os he venido sirviendo desde lejos y nunca pude rendiros pleitesía en persona. Permitidme que esta noche os sirva aquí.» El príncipe quedó encantado y ordenó que se les diera alojamiento por aquella noche.

Se retiró de su presencia Tsuneiuki, y reuniendo a sus vasallos que le acompañaban les dijo: «No es conveniente que entremos hoy por primera vez a servir a Su Alteza sin ofrecerle algún regalo. Cuando Su Majestad estuvo visitando la Tercera Avenida, se mandó traer de la playa de Chisato, de la provincia de Ki, una roca muy curiosa. Como llegó después de la visita de Su Majestad, se la colocó en el jardín de una consorte suya. Ya que a Su Alteza parecen gustarle los jardines, he pensado que le regalaremos esta roca.» Dicho esto, mandó a un emisario y varios lacayos a recoger la roca, los cuales la trajeron prontamente. La vista de la roca sobrepasaba a su reputación. Dijo Tsuneiuki: «No procede que la ofrezcamos sin más.» Y mandó que se compusieran poemas. El Mayoral de los Establos Imperiales hizo el mejor, y lo escribió sobre la roca raspando el musgo que la cubría a fin de escribir las letras. El poema decía:

> Te ofrezco esta roca
> sabiéndome a poco,
> pues no se puede
> ni enseñar el alma
> ni ver su color.

79. *Bambú en primavera*

Una vez nació un príncipe teniendo por madre a una dama de cierta familia noble. Los parientes de ella compusieron poemas celebrando el acontecimiento. Un coronel ya de edad madura, que era tío de ella, recitó:

Dentro de mi verja
un bambú planté,
de fronda inmensa.
De invierno a verano,
mi casa un vergel.

El príncipe nacido era Sadakazu. En aquel tiempo se rumoreaba que en realidad era hijo del coronel. Lo que se sabe de cierto es que la madre de la criatura era hija de Iukijira, Consejero de Su Majestad, y hermano mayor del coronel.

80. *Wistaria en primavera*

Una vez un hombre había plantado una wistaria en el jardín de una familia cuya influencia política declinaba. Un día a finales de abril, estando lloviendo, cortó un ramillete y se lo envió a una mujer con este cantar:

Corté el ramillete
bajo un aguacero
mientras pensaba
que de primavera
queda poco tiempo.

81. *Fiesta de otoño*

Una vez vivía un ministro que se había construido una mansión en la Sexta Avenida, junto al río Kamo. A finales de noviembre, cuando ya los crisantemos iniciaban su elegante marchitar y las hojas del otoño se tornaban rojizas o amarillentas con diversos matices de una belleza inenarrable, este ministro invitó a los príncipes y les agasajó con una fiesta, vino y música, que se prolongó toda la noche. Al amanecer compusieron poemas

celebrando el gusto de la mansión. Un pobre viejo que allí había, y que veía la escena en cuclillas desde debajo del entarimado de la veranda, esperó a que todos terminaran de recitar sus canciones, y dijo entonces:

¿Habré yo llegado
al mar de Shiogama?
¡Si aquí vinieran
los barcos que pescan
al alborear!

Este pobre viejo había viajado por muchos lugares, llegando hasta la provincia de Michi. Pero ningún paraje le había gustado, en las sesenta y tantas provincias del país, como la playa de Shiogama. De ahí que aludiera a ella en el cantar.

82. *Cacería de primavera*

Una vez había un príncipe llamado Koretaka, el cual tenía una quinta de recreo en Minase, más allá de Iamazaki. Cada año, cuando los cerezos florecían, iba a este lugar. Siempre solía llevarse consigo al Mayoral de los Establos Imperiales, de cuyo nombre, por hacer de esto mucho tiempo, no puedo acordarme. El príncipe no debía de sentir mucha afición por la caza, pues en tales ocasiones se dedicaba a beber vino y a componer poemas al estilo del país. Los cerezos del predio, que son ahora parte del Palacio de Naguisa, en el coto de Katano, eran realmente espléndidos.

Así que desmontaron ambos de sus caballos y se sentaron bajo los cerezos; cortaron ramas, se adornaron con ellas, y todos sus acompañantes, desde el mayor hasta el mediano y el ínfimo, compusieron poemas. El del Mayoral decía:

¡Qué serenidad
cada primavera,
si en este mundo
todos los cerezos
desaparecieran!

Otro de los presentes recitó:

La flor del cerezo
vale lo que vale
por dispersarse.
¿Qué hay en este mundo
que nunca se acabe?

Cuando se levantaron para volver, ya el sol se había puesto. Uno de la comitiva, el encargado del vino, se acercó y dijo: «Hay que terminar con este vino.» Y cuando buscaban un lugar apropiado, llegaron a un paraje que se llama Río del Cielo. El Mayoral presentó la copa al príncipe. Éste habló y dijo: «Mientras bebemos, tienen todos que hacer un cantar que lleve como tema el haber estado de cacería en Katano y haber llegado a la ribera del Río del Cielo.» El Mayoral recitó:

Tras la cacería
vamos a alojarnos
en La Hilandera,
que al Río del Cielo
hemos arribado.

Su Alteza repitió varias veces este poema, pero no daba con otro que como respuesta se le adecuase. Aritsune de Ki, que estaba en la reunión, replicó en nombre del príncipe:

Su alteza, que viene
una vez al año,
será alojado.
Pero ya habrá otros
que duerman al raso.

Volvieron finalmente a la quinta. Allí estuvieron hasta bien entrada la noche bebiendo y contando historias, hasta que el príncipe, bastante bebido, hizo ademán de retirarse a descansar. Era el día onceno del mes lunar, en pleno abril, y la luna estaba ya para ponerse en el horizonte, tras las montañas. El Mayoral cantó:

Aún no estoy harto
¡y la luna clara
quiere ya irse!
¡Los montes le huyan
y no halle posada!

Aritsune de Ki respondió en lugar del príncipe:

¡Que todas las cumbres,
sin quedar ninguna,
se vuelvan planas!
Si no hubiera sierras
¿se iría la luna?

83. *Cacería de primavera, y Año Nuevo de un príncipe*

En aquel tiempo el Mayoral de los Establos Imperiales servía al príncipe Koretaka cuando éste fue a Minase para su acostumbrada cacería anual. A los pocos días el príncipe volvió a su palacio en la Capital. El Mayoral le acompañó hasta el final, y estaba para despedirse cuando el príncipe le detuvo diciendo que quería invitarle a una fiesta y hacerle un regalo. El Mayoral, impaciente por retirarse, recitó:

No quiero con yerbas
hacerme un jergón
porque no cuento
con noche tan larga
como las de otoño.

Era el último día de abril. Pero el príncipe no se retiró a descansar y estuvo toda la noche charlando con el Mayoral.

Pasaron los días. El Mayoral continuó sirviendo al príncipe como buen vasallo, cuando de pronto le sorprendió la noticia de que su señor se había hecho monje budista.

A principios de año, el Mayoral decidió ir a ofrecer sus saludos de Año Nuevo a donde estaba el príncipe, que era un lugar llamado Ono, al pie del Monte Jiei. La nieve cubría honda los caminos, y le

costó llegar a su destino. Rindió pleitesía el Mayoral, y quedó pensativo viendo la fría soledad del lugar. El príncipe por su parte estaba sumido en tristes pensamientos, y el Mayoral estuvo mucho tiempo tratando de animarle. Hablaron del pasado, y el Mayoral manifestó cuánto le gustaría permanecer allí acompañando a su señor, pero que sus deberes en la Corte se lo impedían. Así que le rogó le permitiese volver al atardecer, y dijo:

No creo a mis ojos,
me creo que es sueño:
¡que para veros
tuviera que andar
la nieve de invierno!

Y volvió a la Capital llorando, llorando.

84. *Año Nuevo de una madre*

Una vez vivía un hombre. Aunque su rango no era muy alto, su madre era una princesa imperial. Esta señora vivía en un lugar llamado Nagaoka. Como el hijo servía a la Corte en la Capital, no podía, aunque lo quisiera, visitarla durante largos períodos. Era él su hijo único, y naturalmente la madre sentía especialmente la separación. A finales de año le llegó una carta de su madre. Abrió el sobre y se quedó sorprendido de encontrar sólo un poema:

Ya voy para vieja,
y se acerca el día
de la despedida.
¡Cómo quiero yo
verte, vida mía!

El hijo rompió a llorar y dijo:

¡Si para tu hijo
no hubiera ese día
de la despedida!
Que yo te deseo

mil años de vida.

85. *Año Nuevo de un príncipe*

Una vez vivía un hombre. El príncipe al que había servido desde su juventud se hizo de pronto monje budista. En enero fue nuestro hombre a saludarle. Siendo oficial de la Corte, le era especialmente difícil apartarse de sus ocupaciones, pero de todos modos encontró forma de poder ir a saludarle como todos los años. También acudieron ese día los que habían servido al príncipe en el pasado, tanto los que eran seglares como los que se habían hecho religiosos. Por hallarse en Año Nuevo y ser una ocasión tan especial, el anfitrión sacó vino a los presentes. Todo el día estuvo nevando a cántaros. Cuando estaban todos ebrios, empezaron a componer poemas sobre la nevada. Nuestro hombre recitó:

Si en dos me partieran,
no me apartaría
de mi señor.
Cercado de nieve
verme aquí querría.

Al oír esto el príncipe cayó en gran melancolía y, emocionado, le regaló a nuestro hombre su propio abrigo.

86. *Pasados los años*

Una vez un joven se enamoró de una muchacha. Ambos tenían padres, y por miedo a ellos sus relaciones terminaron bien pronto. Varios años después el joven, sabiendo que ella quería empezar de nuevo, le mandó este poema:

Dos que se han querido
y se han separado,
¿será posible,
pasados los años,
no haberse olvidado?

Y con eso acabó todo. Sin embargo ambos entraron al servicio de la Corte, y no estaban muy separados entre sí.

87. *Hoy o mañana*

Una vez un hombre tenía unas posesiones en la aldea de Áshiia —palabra que significa «Chozas de Caña»— en el distrito de Mubara, provincia de Settsu. Con que fue y estuvo viviendo allí. Hay un antiguo poema que nuestro hombre refundió de este modo:

En chozas de caña
viven laboriosos
los salineros,
tanto que no usan
su peine de boj.

De este cantar le viene el nombre a la aldea, y así vinieron a llamarse sus mares «los mares de Áshiia».

Nuestro hombre servía a la Corte, pero sus deberes no eran especialmente onerosos, y se reunió con él un grupo de alféreces del Ejército. Su hermano mayor era también capitán del Ejército.

Estaba, pues, todo el grupo de paseo por la playa que había enfrente de la alquería. Alguien dijo: «¿Por qué no subimos a la montaña para ver la cascada de Nunobiki?» Subieron y realmente la cascada era diferente de cualquiera otra. El farallón desde donde saltaba el agua tenía sesenta metros de altura y quince de ancho. Parecía como si estuviera cubierto de seda. En la misma cresta resaltaba una roca del tamaño de un cojín de paja. El agua, al encontrarse con esta roca, salpicaba en gotas del tamaño de castañas y mandarinas. Todos los presentes empezaron a componer poemas sobre cascadas.{*} El hermano mayor de nuestro hombre fue el primero en recitar:

No vale esperar:
se acaba la vida
hoy o mañana.
Más alta cascada,
¡las lágrimas mías!

A continuación cantó nuestro hombre, que era el anfitrión del grupo:

¿Quién desensartó
un collar de perlas?
Para coger
tantas perlas finas
mi manga es estrecha.

Los presentes encontraron esto divertido y se rieron de buena gana, y ya nadie compuso más cantares.

El retorno a la casa fue largo. Cuando pasaron frente a la casa del chambelán Mochiioshi, el sol se había puesto ya. En esto divisaron a lo lejos las luces de las hogueras de los pescadores. Nuestro hombre recitó:

¿Serán las estrellas
de las noches claras?
¿Serán luciérnagas?
¿O los pescadores
haciendo fogatas?

Y llegaron por fin a la casa. Aquella noche sopló el viento del sur, y las olas se encresparon. A la mañana siguiente las sirvientas de la casa fueron a recoger las algas que el oleaje había arrastrado a la playa, y trajeron muchas. La señora de la casa las preparó y las sirvió a la hora de la comida sobre una bandeja, todo cubierto con hojas de roble, sobre las que había escrito el siguiente cantar:

El dios de los mares
se guarda estas algas
como joyeles.
¡A vos las otorga
de tan buena gana!

Para ser el poema de una pobre aldeana, ¿pasará por bueno, o por malo?

88. *No era ya joven*

Una vez, cuando nuestro hombre no era ya tan joven, sus amigos vinieron a visitarle para ver juntos la luna llena del verano. Nuestro hombre recitó:

Dejemos de amarla
sin remordimiento:
la luna, esa,
saliendo y entrando,
nos va haciendo viejos.

[ACTO SEGUNDO: CORAZÓN DE AMANTE (REMINISCENCIAS DE TAKAKO)]

89. *Fin de una vida*

Una vez un noble se enamoró de una mujer que era aún de nobleza más alta. Y pasaban los años. Dijo él:

Si muero de amor
que nadie ha sabido,
sin fundamento
dirán que algún dios
me había maldecido.

90. *Fin de una flor*

Érase una vez que un hombre andaba ilusionado con una mujer, y ella se le resistía. Tanto la solicitó que ella, movida a compasión, accedió a recibirle al día siguiente, pero con la condición de tener por medio un biombo. Él se puso muy contento, pero le quedó la duda de si tal vez ella no se volvería atrás de su promesa. Así que le envió un magnífico ramillete de flores de cerezo que llevaba prendido este poema:

La flor del cerezo
resplandecerá

hoy de este modo.
Mañana a la noche,
¡ay, quién lo sabrá!

Sus razones tendría.

91. *Fin de una primavera*

Una vez un hombre se lamentaba del paso del tiempo. Era a finales de abril. Exclamó:

Por más que me pese,
llegó ya la puesta
del sol de hoy,
que marca el final
de la primavera.

92. *Fin sin fin*

Una vez un hombre estaba perdidamente enamorado. E iba una vez y otra a la calle donde vivía ella, pero tenía que volver siempre sin verla. Ni siquiera podía mandarle cartas. Finalmente exclamó:

¡Pobre barquichuela,
que boga y que boga
entre los juncos!
¡Cuántas veces pasa,
y nadie la nota!

93. *Igual con igual*

Una vez un hombre de posición no muy alta se enamoró de una mujer de la más alta nobleza. No era como para sentirse optimista, pero pensaba en ella despierto y dormido. Finalmente un día, en el abismo de la desesperación, exclamó:

¡Que sea tu amor
igual con igual!

Con distinciones
si noble o si bajo,
¡lo que has de pasar!

Se ve que hasta en tiempos antiguos había relaciones desdichadas.

94. *Hojarascas (Narijira y la esposa de Ioshiari de Minamoto)*

Una vez hubo un hombre que por las cosas que pasan dejó de visitar a una amante. Ella encontró otro amor, pero como del primero había tenido un hijo, nuestro hombre continuaba enviándole cartas de cuando en cuando, sin especiales muestras de entusiasmo.

La mujer tenía aficiones artísticas, y un día él le pidió que le enviara un cuadro pintado por ella. Ella le replicó que aquel día no podía ser por estar en casa el marido. Pero pasó otro día, y otro, y el cuadro no llegaba. Él le escribió: «A ti te parece natural no haberte molestado en complacerme, pero a mí me parece insoportable.» Como esto sucedía en otoño, él le mandó un poema sarcástico que decía:

En noches de otoño
se olvidan los días
de primavera.
Mil veces la niebla
vence a la calina.

Ella contestó:

¿Podrán compararse
a una primavera
cien mil otoños?
Pero hojas y flores
caen a la tierra.

95. *Río del Cielo (Narijira y una doncella de Takako)*

Una vez había un hombre que servía a la Emperatriz de la Segunda Avenida. Se veía con frecuencia con una dama que servía en el mismo palacio, y enamorado de ella, le dijo un día: «Quisiera hablarte sobre algo que me preocupa, aunque sea con una cortina por medio.»{*} Ella le recibió en secreto, con la cortina por medio. Hablaron de todo, y de pronto él exclamó:

Al astro Pastor
envidia le tengo.
Quita esa valla,
esa Vía Láctea,
que pasar no puedo.

Ella se emocionó y descorrió la cortina.

96. *Caleta llena de hojarasca*

Una vez había un hombre. Tanto cortejó a una mujer que, como ella no estaba hecha ni de piedra ni de palo, al final empezó a interesarse por él. Era esto hacia el 15 de julio, y en la piel de ella aparecieron uno o dos forúnculos. Así que la mujer le mandó decir: «No estoy para verte. Me ha salido una erupción en la piel, y hace demasiado calor. Ya nos veremos cuando empiece a soplar el viento de otoño.»

Mientras esperaban el otoño, sucedió que se corrieron rumores de que ella pretendía enredarse con ese hombre, y el hermano mayor de ella se la llevó a otro lugar. Ella cortó una rama de arce enrojecido y le prendió un mensaje sobre una tarjeta:

Dije que en otoño.
Fue esperanza vana.
Lo nuestro ha sido
como una caleta
llena de hojarasca.

Tal fue el poema que dejó en su casa al ser trasladada de lugar; y a una de sus sirvientas le dijo: «Si viene alguien de parte de él, entregadle esto.»

Ya no supo más nuestro hombre a dónde se la habían llevado, ni si seguía bien o si seguía mal. Pero cuando se enteró de que se la habían llevado, parece ser que echó maldiciones, mientras invocaba a los dioses batiendo sus palmas. Y dijo: «Vamos a ver si las maldiciones tienen efecto o no.»

[ACTO TERCERO: CORAZÓN-SIMPLEMENTE]

97. *Flor del cerezo, caída*

Una vez hubo un personaje conocido como el ministro Jorikaua. En la fiesta que dio cuando cumplía cuarenta años, fiesta que se celebró en su mansión de la Novena Avenida, un coronel ya de edad madura le dedicó este cantar:

¡Flores del cerezo,
caed, anublad!
Que no se vea
dónde está el sendero
de la ancianidad.

98. *Flor del ciruelo, desfasada*

Una vez había un hombre que era Primer Ministro. Hacia el mes de octubre, uno de sus vasallos le regaló un faisán y una rama de ciruelos artificiales. Con el regalo iba esta dedicatoria:

Las flores que corto
para mi señor,
al que yo sirvo,
la estación desfasan
y están siempre en flor.

El ministro quedó tan complacido que al mensajero le hizo un obsequio.

99. *Flor sin nombre, escondida*

Uno de los días del Torneo de Arqueros, que se celebraba en el hipódromo de la Guardia Imperial, División Derecha, un coronel divisó vagamente el rostro de una mujer a través de los visillos de su carruaje, que estaba colocado enfrente de él, y le envió este mensaje:

Ni dejé de verte
ni te pude ver.
Pensando en ti
pasaré las horas
abstraídamente.

Ella le contestó:

¡Si verse o no verse!
¿Por qué distinciones
que nada importan?
Los que guían rectos
son los corazones.

Más tarde bien que se enteró él de quién era ella.

100. *Flor de pasionaria, confundida*

Una vez, cuando nuestro hombre iba por el corredor del Palacio Imperial que une el Gran Salón con el Salón de las Damas, una de éstas le alargó una rama y le susurró: «¿Tú también confundes la flor del olvido con la pasionaria?» Él aceptó el regalo y replicó:

Aunque te parezca
que en mi campo crecen
flores de olvido,
son las del secreto.
Cree en un después.

101. *Flor de glicina, enaltecida*

Una vez había un hombre llamado Iukijira de Ariuara, que era

capitán del Ejército. Los que servían en palacio se enteraron de que en su casa tenía un vino estupendo y vinieron a visitarle, entre otros, Masachika de Fuyiuara, apellido éste que significa: «Campo de glicinas». Y Iukijira los agasajaba. Como era de gusto refinado, había mandado poner en un florero un ramillete de glicinas verdaderamente exquisito. Los ramos alcanzaban más de un metro de altura. Y se empezaron a componer cantos sobre las glicinas. En esto llegó el hermano del anfitrión, y le agarraron de la manga y le dijeron que compusiera algo. Como no sabía mucho de poesía, se negaba, pero al fin le convencieron. Dijo:

Muchos se acogieron
a la buena sombra
de este parral.
Como esta glicina
no he visto otra fronda.

Y le preguntaron, en son de crítica: «¿Por qué dices eso?» Replicó: «Porque veo que la gloria del Primer Ministro está en su apogeo, y que los demás de su familia también realizan obras brillantes.» Con esto los críticos quedaron en suspenso.

102. *Iásuko en el convento*

Una vez había un hombre. Aunque no era buen poeta, sabía mucho del mundo y de la vida. Una mujer se había hecho monja, desengañada del mundo, de forma que no vivía en la capital, sino en una aldehuela entre montañas. Esta monja pertenecía a la familia de nuestro hombre, el cual le envió este poema:

Ni aunque te renuncies,
llegará a las nubes
tu santidad.
¿De los desengaños
es de lo que huyes?

Ella era la princesa que había sido Virgen Sacerdotisa en Ise.

103. *Soñando*

Una vez vivía un hombre. Era sincero y leal, incapaz de doblez alguna. Había servido al emperador Ninmió, que está sepultado en Fukakusa. Una vez este hombre dio un mal paso y se enredó con una dama que era la esposa de uno de los príncipes. Una mañana le mandó a ella este poema:

La noche contigo
me pareció un sueño.
La misma noche
más sueño parece
cuando ahora duermo.

¡Vaya que es malo y perverso el poema!

104. *Iásuko en la fiesta*

Una vez hubo una mujer que se hizo monja sin tener vocación. Y aunque vestía el tosco hábito, debía de quedarle algún interés por las cosas del mundo porque una vez fue a ver la fiesta del Río Kamo. Nuestro hombre la vio allí y le mandó esta copla:

Bella pescadora
del mar y amargada,
ya que te veo
quiero que me des
algo de tus algas.

Se dice que la monja había sido la Virgen de Ise, y que al recibir este mensaje en su carruaje, interrumpió en seguida su diversión, y se fue de la fiesta.

105. *Muriendo*

Una vez un hombre le escribió a una mujer un mensaje que decía: «Si sigues así, voy a morir de amor.» Ella le contestó:

Si el rocío muere,
por mí, ¡que se muera!
Que aunque no muera,
no me haré con él,
un collar de perlas.

Él encontró esta contestación algo dura, pero su interés por ella aumentó.

[INTERLUDIO]

106. *Río de hojarasca (Poema en un biombo de Takako)*

Una vez nuestro hombre fue a la ribera del Tátsuta, donde los príncipes hacían una excursión, y compuso:

Ni en los primitivos
tiempos fabulosos
se oyó decir
que tiñera el Tátsuta
sus aguas de rojo.

107. *Río de lágrimas (Poema en un cofre de Toshiiuki)*

Una vez había un noble. Una de las doncellas que estaban a su servicio fue cortejada por un hombre llamado Toshiiuki de Fuyiuara, que era Secretario del Emperador. Ella, siendo aún muy joven, no sabía escribir cartas ni hablar con propiedad, y mucho menos componer poemas. Su señor, pues, escribió en su lugar una carta, la hizo copiar de mano de ella, y se la envió al pretendiente. Éste quedó agradablemente sorprendido y le contestó:

Empapa mis mangas
un río a torrentes,
embebecido
llover al yo ver
que no puedo verte.

Como respuesta, el amo de la joven, nuestro hombre, compuso para ella un poema:

Liviano es el río
que sólo te empapa
las dos mangas.
Si te arrebatase,
de ti me fiara.

Así decía el cantar y a Toshiiuki le gustó tanto que se dice que enrolló el papel y lo conservó en un cofrecito hasta el día de hoy.

Continuaron cambiándose cartas. Cuando por fin la consiguió, sucedió que una vez en una carta él le decía: «Según está el cielo, parece que va a llover. ¡A ver si tengo suerte y no llueve! Si no, me será imposible ir a verte.» La joven compuso para nuestro hombre esta contestación:

Duro es preguntarte
una y otra vez
si tú me quieres.
Arrecia una lluvia
que lo sabe bien.

En leyendo esto, Toshiiuki salió inmediatamente a visitarla sin ponerse impermeable ni sombrero, y llegó calado.

[CICLO SÉPTIMO: NARIJIRA EN LA HISTORIA Y EN LA LEYENDA]

108. *Un cantar de Tsuraiuki de Ki*

Una vez una mujer que estaba resentida por la falta de cariño de un amante solía repetirse este famoso cantar:

¿Será el arrecife
que baten las olas
en un tifón?
No se secan nunca:
mangas de mi ropa.

Él se enteró y respondió:

En charca en que lloran
ranas por la noche,
aunque no llueva,
crece luego el agua
por sus lagrimones.

109. *Un cantar de Mochiiuki, padre de Tsuraiuki*

Una vez un hombre le dijo a un amigo al que se le acababa de morir su amada:

Antes que una flor
pasa una persona.
¿Sabías tú
cuál iba a caer
antes que la otra?

110. *Una superstición (Cantar de Narijira)*

Una vez había dos amantes que se veían en secreto. Ella le mandó a decir un día: «Anoche soñé contigo.» Él le replicó:

Se me iría el alma
de tanto quererte.
Si va otra noche,
échale un hechizo,
volver no la dejes.

111. *Otra superstición (Cantar de Motokata, nieto de Narijira)*

Una vez él la quiso consolar por la muerte de una sirvienta:

Ahora he sabido
cosa nunca oída
en las historias:
que esté yo queriendo
a mujer no vista.

La mujer le respondió:

Dicen que la faja
de la que es querida
se afloja sola.
La mía está firme.
Tu amor es mentira.

Él le dijo:

Si quieres, no digo
que yo a ti te quiero,
pero si un día
se suelta tu faja,
piensa en mí primero.

112. *Endecha primera*

Una vez ella le había declarado amor eterno, pero se fue con otro. Él exclamó:

Cuando queman sal,
el humo que sale
de Playa Suma,
si sopla un gran viento,
se va a cualquier parte.

113. *Endecha segunda*

Una vez un hombre abandonado dijo:

Con el poco tiempo
que dura una vida,
en menos tiempo
se olvidan de uno.
¡Así se encariñan!

114. *Última cacería en un río (Iukijira en la historia)*

Una vez, cuando el emperador Koko, también llamado Ninna, hacía una cacería cerca del río Seri, un anciano que le servía como Montero de los grandes halcones escribió sobre su propia manga:

No reñidle a un viejo
por vestir las galas
de cazador.
La grulla longeva
¿cantará mañana?

El emperador quedó enojado. Porque aunque el poeta se había referido a sí mismo, el Emperador, que tampoco era joven, se creyó aludido.

115. *Última cena en una isla (Komachi en la leyenda)*

Una vez vivían dos amantes en la provincia de Michi. Él dijo de

pronto que se iba a la Capital. Ella se entristeció y le dijo: «Por lo menos vamos a tener juntos una fiesta de despedida.» Fueron a un lugar llamado Isla de la Capital, en Okinoite —palabra que significa tanto «Pozo de la orilla» como «ascua pegadiza»—. Ella le escanció el vino y exclamó:

Más me duele a mí
esta despedida
en esta Isla
de la Capital
que ascua pegadiza.

116. *Diuturnamente*

Una vez un hombre hubo de viajar hasta la lejana provincia de Michi. A su amada en la Capital le mandó este poema:

Yo vi entre las olas
una isla a lo lejos,
y vi en su playa
un techo, ¡y te echo
siempre tan de menos!

Y añadió él en la carta: «Ahora estoy muy formal.»

117. *Diuturnos pinos*

Una vez un emperador visitó Sumiioshi y recitó:

Hace eternidades
que no los he visto:
pinos princesas
de playa Sumiioshi.
¿Cuánto habrán vivido?

Uno de sus vasallos, como inspirado del Cielo, se dirigió a Su Majestad y le dijo en nombre de Dios:

No sabrás tú cuándo
te di mi alianza.
Te guardo ya antes
de edades diuturnas
cual murallas santas.

118. *Árboles y olvidos*

Una vez un hombre había estado mucho tiempo sin escribirle a ella, y de pronto le escribió: «No te he olvidado. Pronto iré a visitarte.» Ella le contestó:

Son tantos los árboles
que trepa tu hiedra,
que no me alegro
de oírte decir
que me perseveras.

119. *Olvidos y recuerdos*

Una vez ella contemplaba los objetos que su amante infiel le había dejado en otros tiempos como recuerdo,{*} y dijo:

Fútiles recuerdos,
amigos fatales.
No los hubiera,
de vez en cuando
podría olvidarte.

120. *Cacerolas sobre tu cabeza*

Una vez un hombre creía que su amante no tenía ni había tenido relaciones con nadie. Luego se enteró que en secreto se veía con otro. Exclamó:

¡Que venga ya a Omi
la fiesta de Tsukuma!
Que quiero ver

cuántas cacerolas
llevas con soltura.

121. *Paraguas sobre tu cabeza*

Una vez un hombre vio a una dama de palacio que atravesaba el jardín del Pabellón de los Ciruelos empapada por la lluvia. Y le dijo:

¿Quieres el paraguas
que con flores tejen
los ruiseñores?
Ya que vas mojada,
llévalo al volver.

Ella le contestó:

No quiero el paraguas
que con flores tejen
los ruiseñores.
Que tu amor me seque,
y podré volver.

122. *Aguas de Ide*

Una vez ella rompió sus promesas de amor, y él le dijo:

Quererte es querer
llevarse en la mano
las aguas claras
del río de Ide,
allá por Iamáshiro.

Ella ni le contestó.

123. *Matorrales de Fukakusa*

Una vez había un hombre que debió de cansarse de una amante que vivía en Fukakusa —palabra que significa «Matorrales»—,

porque le dijo:

Si yo me alejara
de mi caserío,
los matorrales
me lo volverán
en campo baldío.

Ella le contestó:

Si esto se hace campo,
yo me volvería
en codorniz,
y diré llorando:
«¡Ven de cacería!»

A él le emocionó el poema, y desistió de abandonarla.

[FINAL]

124. *Soledad*

Una vez a un hombre le pasaba algo grande por dentro porque exclamó:

> Lo que tengo dentro
> ¡que no salga fuera!,
> ¡que allí se quede!
> No encuentro en el mundo
> nadie que me entienda.

125. *Muerte*

Una vez un hombre cayó enfermo y se dio cuenta de que se moría.{*} Dijo:

> Sabía que existe
> al fin un camino
> inexorable.
> Él ya lo tenía
> desapercibido.

EPÍLOGO METACRÍTICO

Llamo metacrítica no a la crítica que rebasa las entendederas del hombre pensante y votante —que las hay, que las hay—. No se trata, pues, de una crítica críptica, retorcida en mil retruécanos, laberíntica en sintaxis, asperjada de vocablos extranjeros; crítica, en suma, profusa, confusa y difusa. Ni es metacrítica la que señala lo que a una obra le falta o le sobra, o lo que «ostensibly» se ve que tiene. Abreviando, entiendo por metacrítica la que se ocupa de lo que en un texto literario hay sin que se vea, de sus trasfondos y entresijos. La metacrítica marca rutas críticas sin que las recorra «modo teutónico» hasta el «dead-end».

En los *Cantares de Ise* se disciernen dos elementos que deben considerarse por separado: la lírica, sobre todo la de Narijira, y la trabazón narrativa, el esquema y la idea, que son faena del redactor anónimo.

NARIJIRA COMO POETA

La generación de Narijira se encontró prácticamente sin tradición poética escrita. Toda la tradición se reducía a la monumental *Colección para diez mil generaciones* (*Manióshu*), compilada hacia el año 760, que constaba de unos 4.500 poemas, casi todos tanka, pero incorporando también 260 odas, género que pronto desapareció como por escotillón. Desde el siglo IX hasta el XIX, durante mil años, Japón iba a visualizar la poesía como instantes líricos, lo que un crítico francés ha llamado «légères esquisses, fines et ingénieuses», sin que se tolerara más métrica que la tanka, y (desde el siglo XVI) el jaiku. Poesía en miniatura. Para lírica sostenida se recurriría a la antología compilada por orden temático, o a la «insalata rusa» de la renga, poemón superlargo

compuesto al alimón por una tertulia de poetas —lírica anónima y un si es no es guasona. Volviendo al *Manióshu*, estaba escrito totalmente con ideogramas chinos, aunque todos los vocablos eran puramente japoneses. Era, pues, una obra aljamiada. El sistema de transcripción seguía tres criterios distintos según los casos: los cuatro mil y pico de ideogramas podían utilizarse por su valor semántico (como actualmente se siguen utilizando), por su valor fonético, o por una mezcolanza de los dos susodichos métodos, por lo que sin pedantería pudiéramos llamar criterio semafonético. Lógicamente sucedió que varias décadas después de desaparecido el último compilador, esto es, a principios del siglo IX, nadie podía descifrar aquel jeroglífico. Lastimoso fue, porque la *Colección* recogía las obras de cuatro grandes poetas: Jitomaro (650-705), el patriarca, el divino juglar, el Homero japonés; Akajito, el poeta de la diafanidad; Okura, de inquietudes sociales, y Iakamochi (718-785), versátil y finísimo. A la generación de Narijira sólo le quedaba la insegura transmisión oral. Él y otros poetas de menor valía, como el bonzo Kisén, el arzobispo Jenyó, los nobles Kuronushi Ótomo y Iasujide Buña, aparte de la ya mencionada y sobresaliente poetisa Komachi, todos interesados en la renovación de la lírica nacional, tenían que empezar casi desde cero.

A comienzos del siglo IX un perspicaz literato cuyo nombre no consta inventó un silabario fonético de unas letras llamado kana, que iba a ser el vehículo en el que Narijira y las generaciones siguientes escribirían sus poemas.

La lírica del *Manióshu* se caracterizaba por su reposo, por su «sofrosine», el extraordinario equilibrio entre lo subjetivo y lo objetivo. Narijira y sus contemporáneos iban a lanzarse con seguridad leonina hacia lo subjetivo: la sutileza psicológica, la elegancia de expresión, la especulación emotiva y la exploración de la conciencia. Pero conservaron una franqueza y una vitalidad que es difícil apreciar en las épocas posteriores.

Indaguemos por separado el valor lírico de Narijira en pensamiento, sentimiento y forma expresiva.

PENSAMIENTO.— Se ha apuntado que la poesía de Jorge Guillén no es para recitarse, sino para releerse. Tal la lírica de Narijira,

aunque por razones diversas. La poesía de Guillén es clara, pero densa: abunda en términos abstractos y plasticidad conceptual. La de Narijira es toda de palabras concretas: cinco breves versos, un brochazo escueto. Sin embargo, palpita allá abajo algo más de lo que aparece al primero y descuidado vistazo.

Tomemos el cantar del episodio 4, que muchos consideran el poema máximo de toda la literatura japonesa:

> ¿No es ésa la luna?
> Y la primavera
> ¿no es la de siempre?
> ¿Cómo es que yo solo
> soy el mismo que era?

Observa el crítico Earl Miner: «Se ha dicho con frecuencia que el Budismo insiste en una metafísica fundamentalmente no-dualista. Sin embargo, Narijira mostró a los poetas japoneses que la experiencia humana enseña algo distinto, ya que combina una especie de dualismo hombre-naturaleza dentro de un monismo universal que se somete a las mismas leyes. Esta paradoja proporciona la base filosófica, y universalmente válida, para el tema simultáneo de euforia y tristeza que hallamos en la literatura japonesa» (*An Introduction to Japanese Court Poetry*, 1968). En efecto, según las leyes naturales, la luna debe ser la misma, y la misma la primavera; pero he aquí que parecen distintas; sin embargo, el observador Narijira tiene conciencia de su propia continuidad existencial: él no ha cambiado; pero tiene que haber cambiado porque es imposible que la luna haya cambiado. Pero si ha cambiado su facultad perceptiva, ¿cómo es que no se dio cuenta del cambio? El Budismo enseña que todo es efímero menos la conciencia del hombre. Narijira descubre que también esta conciencia tiene la misma caducidad.

Por aquello de que entre el paisanaje hispano se multiplican los versados en inglés, interesará ver cómo este famoso poema ha sido trasladado al inglés por siete traductores en el espacio de 75 calendarios. Aston, en 1899, vacilaba entre estas dos traducciones, la primera más literal, la segunda más exegética:

Moon? There is none.
Spring? 'Tis not the spring
Of former days.
It is I alone
Who have remained unchanged.

Moon? There is none.
Where are spring's wonted flowers?
I see not one.
All else is changed, but I
Love on unalteringly.

Un gran grupo de traductores nipones comisionados por la Sociedad Japonesa de Relaciones Culturales traducía en 1940:

The moon I see is
Not the moon of other days;
The spring that is come
Is not as that other spring;
Only I remain unchanged.

En 1957 traducía F. Vos:

Is not that the moon?
And is not the spring the same
Spring of the old days?
My body is the same body--
Yet everything seems different.

En 1968, Miner y Brower, a base de glosar y parafrasear, estiraban las 31 sílabas del original del modo siguiente:

What now is real?
This moon, this spring, are altered
From their former being--
While this alone, my mortal body, remains
As ever changed by love beyond all change.

También en 1968 traducía Helen Craig McCullough:

Is not the moon the same?
The spring
The spring of old?
Only this body of mine
Is the same body…

En 1970, Jeijachiró Jonda, profesor de la Universidad de Estudios Extranjeros de Ósaka:

Is it not the moon--
is it not the spring--
of yesteryear?
And oh, myself too as I used to be.

Finalmente en 1972, H. Jay Harrys:

The moon: is it not…
The spring: is it not… last year's
Spring yet unchanged? No,
This body of mine alone
Seems the same as once before.

Como no soy native-speaker, ni alabo ni condeno. Prosigo: Este tipo de poesía profunda, reflexiva, universal, es una invención de Narijira, y nada de lo que le precedió contenía el más mínimo germen que lo prenunciara.

Para Tsuraiuki de Ki, del que hablamos en el prólogo, y al que no le cabía en la cabeza Narijira, nuestro héroe adolecía de exceso de pensamiento y mengua de expresión, «como una flor marchita que conservara el aroma». A lo de mengua de expresión retornaremos en su tiempo. Tocante a densidad conceptual, dos grandes poetas y críticos de siglos posteriores, el gran Teika (1162-1241) y Chómei de Kamo (?-1216) laurean a Narijira precisamente por su ambiente de misterio, la elegante sencillez de su expresión y su carga emotiva.

Teika, que no había leído a Aristóteles, catalogaba los estilos poéticos en diez categorías, fundamentales las cuatro primeras, y secundarias las demás:

Estilo misterioso
natural
elegante
apasionado
sublime
realista
original
novedoso
detallista
tremendista

Para Teika, los cuatro estilos básicos, más que especies aparte, constituían elementos que debían impregnar cualquier lírica que mereciera el nombre de grande. Y el modelo supremo era Narijira. Más ecuanimidad no cabe, ya que Teika era un Fuyiuara, cuyos ascendientes no salían tan bien parados en la romancesca historia de Narijira.

No sólo en los cantos amorosos, sino hasta en los paisajísticos, sabía ahondar nuestro hombre:

Puerto de Naniua,
te vi esta mañana,
y en tus caletas
barcos que navegan
con pena en el alma.

(Episodio 66)

Ignoramos si la soledad arranca del observador Narijira, del solitario puerto de Naniua, de los barcos pesqueros que se deslizan lentos por sus aguas, de los pobres pescadores de vida dura, o de todo a la vez.

Como la metacrítica nunca es exhaustiva, no me alargaré; pero recórranse los diversos poemas de Narijira, y se apreciará el peso especulativo que engloban. Trazo a trazo, experiencia a experiencia, va definiendo el amor: «l'embarras du choix» (ep. 1), el ensimismamiento del enamoramiento (ep. 2), la accidentalidad de todo lo demás (ep. 3), la influencia del amor en la perspectiva del hombre (ep. 4), la diferencia entre el amor y el amorío (ep. 13), el

triunfo del «ágape» sobre el «eros» (ep. 38)…

Referente a este último episodio, y como nunca faltan mentecatos, un crítico no japonés ha insinuado que Narijira y su suegro tenían relaciones homosexuales. ¡Vaya por la crítica!

SENTIMIENTO.— En doce ocasiones llora Narijira: siete veces aparece el llanto en los poemas, y cinco en la narración.

Llora Narijira por la soledad de su anciana madre (ep. 84), por el desengaño eremítico y montaraz de su amigo y señor el príncipe Koretaka (ep. 83), por su gran amor Takako (eps. 4, 26, 54, 56), por la vestal Iásuko (eps. 69 y 75), en su primer amor (ep. 40)… En fin…

M. Revon, allá por el año 1919, creía que los episodios de nuestra obra pecan de sentimentalismo. Según y cómo. De los tres aspectos del amor —el pasional, el sexual y el social—, Narijira escoge concentrarse en el primero; quédese el sexo para vulgares pornografías del siglo XVIII, y lo social para la magna novela de Saikaku (1642-1693) *Un libertino de época*.

Y ya que menciono esta obra, se da un curioso paralelismo entre tres obras de la literatura occidental y tres de la japonesa. El histórico Cid, el fantástico Amadís y la parodia del Quijote. El histórico Narijira, el ficcional Príncipe Radiante (héroe del Cantar de Guenyi) y la parodia de Ionósuke, el «libertino de época» creado por Saikaku.

Pero no sólo de lágrimas vive Narijira. El repertorio de su «pathos» abarca desde el cinismo sobre los exorcismos shintoístas (ep. 65), hasta la profunda melancolía por la transitoriedad de la vida (ep. 82), la protesta contra las convenciones sociales (ep. 93), la intensidad erótica (ep. 33), el sarcasmo (ep. 94), el «repartee» (ep. 47) y la «self-deprecation» con hipérbole y todo (ep. 26).

Narijira cantaba sobre la marcha, en medio de su vida. Su poesía posee una vitalidad y un aire de verdad de los que carece la lírica formalista de las generaciones siguientes; lírica exhibicionista compuesta para concursos y para el público. Él y sus coetáneos descubren que la poesía privada puede atraer el interés general. Pero sin ser lírica pública, portavoz de las emociones populares, como la que hallamos en los mejores autores del *Manióshu*. Siendo

la lírica de Narijira inicial y terminalmente privada (nunca publicó), resuena de eco en eco en cada corazón humano.

FORMA.— Si de algo peca la imaginación de Narijira no es, como observaba Tsuraiuki, de pobreza, sino de exuberancia. Cada poema no presentará, es cierto, sino una sola metáfora. Pero el conjunto de su producción es calidoscópico.

Cuando Narijira compara la cascada de Nunobiki con un collar de perlas desensartado (ep. 87), los presentes se ríen, pero no del símil, sino de que el poeta añadiera, con típica ironía: «mi manga es estrecha para recoger tantas perlas». Todos sabían que Narijira, siendo noble, llevaba mangas amplias: decir que sus mangas resultaban todavía estrechas equivalía a manifestar ambiciones políticas —fuera de ocasión. Pero había otro nivel semántico y sutil: cuanto más anchas fueran las mangas, más perlas (más lágrimas) cabrían en ellas. En efecto subdecía Narijira: «Quisiera subir de rango… para poder llorar más». No se puede decir más en menos palabras.

En la fantasía de Narijira, la mujer aparece como ajomate (ep. 70), la casia de la luna (ep. 73), el pino de Kurijara (ep. 14), flor del cerezo (ep. 17), yerba niña (ep. 49), humo (ep. 112)…

El amor queda alegorizado como el enrevesado diseño de los estampados de Shinobu (ep. 1), una barca que pasa una y otra vez entre los juncos (ep. 92), una tela que se teje, desteje y reteje (ep. 32), la marea que sube en la caleta (ep. 33), cuenta de rosario (ep. 30), isla de río (ep. 22), el crustáceo «caprella» que se incrusta en las algas (ep. 57), enredadera del monte (ep. 36)…

Persistentemente el amor se ve ligado a la muerte (eps. 6, 13, 40, 45, 65…).

En léxico poético Narijira se atuvo al tradicional del *Manióshu*. De las dos mil palabras que utiliza, y que quedaron consagradas para siempre como léxico poético con exclusión de las demás, sólo 200 no se hallan en la vieja *Colección* del año 760. Nótese que el *Poema del Cid* sólo contiene 1.200 vocablos.

La sintaxis en cambio es riquísima y muy superior a la del *Manióshu*: dominan los verbos y adjetivos de flexión quasi-verbal, en evidente contraste con la lírica posterior, donde abundarán los

sustantivos. La de Narijira es una lírica más de instantes dinámicos que de esencias atemporales.

Pero Narijira, al mismo tiempo que sabe elaborar poemas de gran transparencia y luminosidad no inferior a Akajito,

> Azahar de mayo
> de la mandarina:
> me huele a mí
> igual que el kimono
> de una antigua amiga.

crea también un estilo diabólicamente impreciso, admitiéndose varias posibles interpretaciones. En el episodio 107 compone un cantar como respuesta al amante de su sirvienta, y en lugar de la muchacha:

> Duro es preguntarte
> una y otra vez
> si tú me quieres.
> Arrecia una lluvia
> que lo sabe bien.

Ese aguacero puede ser real, o puede ser metafórico —las lágrimas de la muchacha. Si en la narración se dice a continuación que llovía de verdad, no se especifica «cuándo» exactamente comenzó el chaparrón. Pudo ser después de escrito el poema, pero antes de que lo recibiera el destinatario. Pero aun suponiendo que el aguacero a que se refiere el poema sea real, ¿qué es lo que sabrá bien ese aguacero? Posibilidad primera: que ella no es amada, y por eso llueven las compasivas lágrimas celestiales. Segunda: que ella sufre por no saber si es o no amada. Tercera: se trata de un juego amoroso como cuando se van cortando pétalos a la margarita mientras uno se pregunta: ¿Me quiere? ¿No me quiere? Se diría la joven (en esta tercera posibilidad): «Si llueve, es señal de que no me quiere. Como ha empezado a llover, bien que la lluvia lo sabía, y me lo ha dado a entender.»

Narijira sabía ser gongorino: recuérdese el poema acróstico del episodio 9, del que doy aquí mi versión a la par con la francesa de

Revon y la inglesa de Harris (esta última también en verso acróstico):

*L*a ropa era china;
Y de tanto usarla.
*R*opa mía es.
Y tú, mujer mía,
*O*h, cuán alejada!

Mon vétement chinois
Quand je mettais, si familiére était
La femme que je possede!
De combien loin l'aller
De ce voyage! Voilá ma pensée.

*F*oreign raiments mine
*L*ackluster by this time now,
*A*s wife and master
*G*one so long along this road:
*S*uch is the heart of travel.

El malabarismo del poema está en la reiteración del posesivo «mía» y en el paralelo china-alejada. Narijira dice en realidad: «Siendo la ropa de un país lejano, a fuerza de usarla se me ha hecho ropa mía; y tú, mujer, que a fuerza de querernos te has hecho mía, ¡qué lejana estás!»

El poema del episodio 104 tiene, tanto en la traducción como en el original, más revueltas que un caracol:

Bella pescadora
del mar y amargada,
ya que te veo
quiero que me des
algo de tus algas.

En el original hay nada menos que cuatro palabras pivotales o de doble sentido, de forma que el contenido total puede tomarse de dos modos diferentes, ambos simultáneos y concéntricos: 1) el de

mi traducción, en sentido inocente y cándido; 2) «la que se hizo monja por un desengaño del mundo, ya que me halla, quiero que me guiñe». ¡Para que Tsuraiuki dictamine que Narijira escaseaba en expresión!

El paralelismo tardó mil años en aparecer en la lírica china. En Japón el primero en practicarlo fue el patriarca Jitomaro. Narijira desarrolla el recurso llevando el paralelismo no sólo a la semántica sino al ritmo y a la contextura silábica de los versos. El siguiente poema (ep. 83) combina la simetría semántica con la rítmica; obsérvese cómo en el original se halla el mismo fenómeno:

Óna óna	¡Que sea tu amor	... ´.. ... ... ´.. ...
omói ua subéshi	igual con igual!	... ´.. ... ... ´.. ...
nazoenáku	Con distinciones	... ´.. ... ... ´.. ...
takáki iiáshiki	si noble o si bajo	... ´.. ... ... ´.. ...
kurushikarikéri	¡lo que has de pasar!	... ´.. ... ... ´.. ...

Narijira no sólo hace repetidas veces que los versos tercero y quinto sean un solo vocablo, sino que combina este recurso con bellísimas aliteraciones (ep. 82):

Ioi ¿Qué *sere* mi	¡Que *sere* mi
tatesa *pkima* ver	ceda *pkima* ver
nsikenisaba mundo	*nsikenisaba* mundo
jatu *rolokoro* zo	tu *rolokoro* zo
ndekapakeraru shi	*ndekapakeraru* shi

Si no es la rima terminal nuestra, resulta una rima interna de efecto sonoro similar.

Narijira heredó de la época del *Manióshu* tres recursos poéticos: la aliteración, el preludio poético y la palabra almohada o adjetivo pentasílabo estereotipado y majestuoso —tres recursos, por cierto, que no están del todo ausentes en la lírica nuestra, pero que en mi opinión fueron llevados a más perfección y variedad en Japón. El desarrollo que Narijira dio a estos recursos merecería una monografía. Baste observar aquí que la palabra almohada no se limita a ser el clásico epíteto homérico que califica a un sustantivo, sino que puede calificar también a un verbo; añado que el preludio poético puede funcionar de tres modos: como explicación de las

palabras subsiguientes, como mera asociación fonética o semántica, o como alusión a algún poema conocido. Doy a continuación un ejemplo de preludio poético en un cantar español, y otro tomado de Narijira (ep. 116):

«Como entre las plantas,
rompiendo la maleza,
¡Cómo se pasa,
compañera, mía,
siempre tan de prisa!

Yo pienso en ti
y te echo
de menos!

He aquí el original:

«Nami-ma iori
miiuru koyima no
jama*bisashi*»
*jisashi*ku narinu
kimi ni aimide

El preludio lírico de Narijira actúa por asociación fonética: jama*bisashi-jisashi*ku (que se consigue en la traducción: techo-te echo). ¡Pero al mismo tiempo es una variación alusiva al poema número 2753 del *Manióshu*!

Narijira y sus contemporáneos prácticamente crearon otros tres recursos poéticos: la refundición o retoque de poemas ya existentes; los cantos con el título camuflado dentro del texto, y la palabra pivotal o de doble función sintáctica o semántica, de la cual existen siete tipos. A título de ilustración daré un ejemplo de palabra sintácticamente pivotal, tomado de un cantar de Lorca, y otro de Narijira (ep. 36):

Del olvido me retiro
del esparto yo me aparto
del sarmiento me arrepiento
de haberte querido tanto.

Por cañada estrecha

sube hasta la cumbre
la enredadera
y no se detendrá
el amor que te tuve.

El sujeto de «se detendrá» puede ser tanto «la enredadera» como «el amor que te tuve».

El título camuflado es un artificio verdaderamente ingenioso del que existen dos casos en nuestra obra, los dos perfectamente traducibles. El primero es cuando Narijira en octubre le envía a un ministro un *faisán* y un ramo de flores artificiales del ciruelo, que florecen en febrero (ep. 98):

Las flores que corto
para mi señor
al que yo sirvo,
la estación des-FASAN
y están siempre en flor.

El segundo caso es cuando Narijira (ep. 3) le envía a Takako un regalo de *helechos* de mar:

Si tú a mí me quieres,
vamos bajo techo
a una vil choza;
las mangas del traje
servirán d-E LECHO.

Sin ambicionar meterme en filigranas, y para satisfacer a críticos meticulosos, diré que el original tampoco trae exactamente las palabras FAISÁN y HELECHO, sino otras que se le parecen, que sobran y bastan.

El equilibrio de idea, sentimiento y expresión es lo que hizo maestro a Narijira.

PARTE NARRATIVA

Pasando al redactor anónimo, sus méritos son excepcionales. Por lo pronto captó el potencial estético de publicar las memorias de Narijira en forma ficcional. Era un género nuevo que daría origen a la novela pura, al diario personal y al drama mismo.

Prescinde de detalles escenográficos, y atiende al movimiento interno del drama.

Algunos críticos le reprochan el carecer de orden. Estos peritos, por lo pronto, no saben ver el orden que hay. Por otra parte, el anónimo autor no hace sino seguir el orden caótico y surrealista tan de moda en la narrativa occidental desde Faulkner para acá. Ni tenía por qué quedar atenazado a la secuencia cronológica, un orden como otro cualquiera, cuya exclusividad no pasa de ser un prejuicio engendrado por siglos de lógica racionalista y occidental.

Donald Keene, entre otros, opina que los japoneses, literatos o no, carecen de talento constructivo. Miner y Brower los despojan de sentido dramático. Octavio Paz les quita capacidad discursiva. Ruth Benedict los apostrofa por carecer de conciencia de pecado. Y Basil Hall Chamberlain zanjaba todas las cuestiones de un tajo pronunciando que la raza japonesa, como todas las razas tártaras, era naturalmente inferior, y tenía que copiar y conservar, o fenecer. ¡Toma castaña! También la pequeña leyenda negra que acogota a estos «españoles del oriente», como los llamaba Gracián. Mucho quitar y mucho reñir con mucha prisa.

Ya lo creo que existe sentido de composición, y capacidad discursiva, y sentimiento trágico, y originalidad, y conciencia de pecado en la literatura y en la vida japonesa.

El redactor anónimo de los *Cantares* no escamotea la muerte del héroe. No existe coro llorón ni trenos ni teatralismo ni bisuterías. Pero la obra termina con la muerte inesperada:

> Sabía que existe
> al fin un camino
> inexorable.
> Él ya lo tenía
> desapercibido.

Alguien ha observado que la apreciación estética de la

caducidad ha sido el gran descubrimiento de la civilización japonesa. Hay un cantar en nuestra obra que lo expresa:

La flor del cerezo
vale lo que vale
por dispersarse.
¿Qué hay en el mundo
que nunca se acabe?

Si en cierto sentido la poesía de Narijira es antipoesía, esa que los modernos antipoetas hispanoamericanos, desde César Vallejo hasta García Robles, Roque Dalton y Ernesto Cardenal vienen proclamando —devolver al hombre la realidad, usando para ello una expresión sencilla, pura, tan límpida como cansada, tan cínica como compasiva—, la narración del redactor es también antinovela, por su apariencia caótica, y por su resaca armónica. Antinovela casi calcada del *Manifiesto Dada* de Tristán Tzara en 1918, antinovela a la par de *Rayuela* de Cortázar, de *Tres tristes tigres* de Cabrera Infante. Sólo que Narijira y su anónimo redactor no son anti porque no vienen de vuelta, sino que inician. Como Fernando Alegría nota sobre las novelas de Onetti, que su acción «se produce en un espacio intermedio entre la realidad inmediata y una superrealidad emotiva e intelectual», el redactor de los *Cantares* se mueve en un pasadizo intermedio entre la realidad histórica y la metahistoria del mito y de su propia fantasía. Narijira historia, leyenda, personaje —y autocronista.

Y Narijira y su juglar son todo esto sin estridencias, sin quebrar la caña cascada ni soplar al pabilo humeante.

Lo que tengo dentro
¡que no salga fuera!,
¡que allí se quede!
No encuentro en el mundo
nadie que me entienda.

Kioto, 22 de agosto de 1977

EL TRADUCTOR

APÉNDICE HISTÓRICO

La mayoría de los siguientes personajes aparecen en los *Cantares*, por lo que en cada caso señalaremos entre paréntesis el número del episodio, así como las fechas de nacimiento y muerte.

Kanmu, que no aparece en nuestra obra, fue el emperador número cincuenta de la dinastía que desde tiempos prehistóricos ocupa sin interrupción el trono de Japón. Reinó desde 781 hasta 806. En su tiempo era capital de la nación la ciudad de Nara, a unos 40 kilómetros al sur de Kioto. Fue erigida esta capital durante el siglo VII, según el modelo de China, con trazado cuadricular de calles, pero antes de que se acabase el proyecto urbano, y con objeto de escaparse de la interferencia política de los muchos y poderosos bonzos de Nara, Kanmu ordenó en 784 la construcción de una nueva capital, la Jéian-Kió, y provisionalmente se fue a vivir a Nagaoka, a unos cuantos kilómetros al oeste de la urbe proyectada. Diez años más tarde la Corte se trasladó a la definitiva capital.

De sus muchas esposas, Kanmu tuvo 17 hijos, algunos de los cuales ya aparecen en los *Cantares*. Su heredero fue Jéizei, que reinó sólo tres años, siendo el padre de Abo (792-842) padre a su vez de Narijira. Una de las consortes de Jéizei, la favorita, aunque sin hijos que pudieran ser herederos, era Kúsuko de Fuyiuara, la primera de esta familia en desposarse con la casa imperial. Jéizei cayó enfermo y abdicó en su hermano Saga. Kúsuko y su hermano Nakanari tramaron una conspiración para restaurar a Jéizei, pero fracasaron. Kúsuko se envenenó, Nakanari fue asaeteado y el pobre Jéizei fue obligado a hacerse bonzo. Como resultado del incidente. Abo fue excluido de la sucesión.

Así, pues, se consolidó en el trono Saga, el más sinófilo de todos los monarcas medievales. Reinó hasta 823, año en que le sucedió su

hermano Yunna (786-840), también conocido como el Emperador del Palacio de Occidente. De este Yunna ya habla nuestra obra (episodio 39), al tratar del funeral de una hija suya, la princesa Takaiko, muerta a sus veinte años de edad el 19 de junio de 848. Durante el reinado de Yunna, en 825, nació Narijira. Eran sus padres, como va dicho, el príncipe Abo y la princesa Itó (?-861), hija de Kanmu. De sus esposas anteriores Abo había tenido ya otros cuatro hijos varones. Después de nacer Narijira, Abo tuvo de otra esposa una hija de la que habla nuestra obra (ep. 49). Uno de los hermanos mayores de Narijira figura varias veces en los *Cantares* (eps. 87 y 114): es Iukijira (818-893). Hija de este Iukijira fue Fúmiko, una de las esposas del emperador Séiua (850-880), que reinó más adelante. Nuestra obra habla del nacimiento (en 874) de un hijo de Séiua y Fúmiko, el príncipe Sadakazu (ep. 79). Según las malas lenguas, este Sadakazu era en realidad hijo de Narijira.

Hermano menor de Yunna, pero que no accedió al trono, fue el príncipe Káia (794-871). En los *Cantares* se cuenta cómo este Káia tenía una amante que tenía otros dos galanes alrededor (eps. 43 y 103).

Cuando Yunna abdicó en 833, fue sucedido por Ninmió, hijo de Saga. A este Ninmió también se le conoce en la historia como el Emperador de Fukakusa, por estar sepultado en la barriada de ese nombre, al sur de Kioto (ep. 103). Reinó hasta 850.

Hermanastro de Ninmió era Toru de Minamoto (822-895), autor del segundo poema del episodio 1 de nuestra obra, dueño del famoso estanque de agua salada y anfitrión de la fiesta que se describe en el episodio 81.

También hermanastro de Ninmió fue Sadamu de Minamoto, padre de Itaru de Minamoto. Itaru fue un zascandil a quien el autor de los *Cantares* describe hiperbólicamente como «el más grande libertino del reino» (ep. 39); en el mismo pasaje se lee que Itaru fue abuelo de Shitagó (911-983), gran hombre de letras, autor del primer diccionario chino-japonés y contemporáneo del redactor de los *Cantares*.

Entre las muchas esposas de Ninmió hubo dos dignas de mención. Una fue Nóbuko de Fuyiuara, también llamada Emperatriz de la Quinta Avenida, la segunda de esta familia en desposarse con

un emperador. No consta exactamente la fecha de nacimiento de Nóbuko, porque antiguamente las mujeres importaban poco a efectos genealógicos, pero se sabe que falleció en 871. De Ninmió y Nóbuko nació el emperador siguiente, Montoku (827-858). La otra esposa célebre de Ninmió fue una tal Sauáko, madre del príncipe Saneiásu, también conocido como príncipe Iamáshina, porque al hacerse bonzo en 859 se fue a vivir a un palacete en la barriada de ese nombre, al oriente de Kioto (ep. 78).

Otro hijo de Ninmió es Koko (829-887), que llegó a emperador, y del que hablaremos más adelante.

En 840, durante el reinado de Ninmió, tuvo lugar el episodio 1 de los *Cantares*, pues ese año cumplía Narijira los quince años. 840 puede, pues, considerarse como la fecha en que, de algún modo, empezaron a escribirse los *Cantares*.

En 850 subió al trono Montoku, también conocido como el Emperador Tamura. Durante su reinado acontecen muchos de los episodios de nuestra obra.

De su primera esposa, Shízuko de Ki (?-866), hermana de Aritsune de Ki —que fue el suegro de Narijira—, Montoku tuvo un hijo varón, el príncipe de Koretaka (844-897), que fue nombrado heredero; pero más tarde le usurparon la primogenitura y, desengañado, se hizo bonzo en 872. A este Koretaka sirvió como leal vasallo Narijira (eps. 82, 83 y 85). La amistad entre Narijira y Koretaka, siendo este príncipe diecinueve años más joven que nuestro héroe, forma una de las historias más emotivas de los *Cantares*. El episodio de nuestra obra que más gusta al lector japonés de cualquier época es el 83.

Hermana de Koretaka era la Virgen Sacerdotisa de Ise, llamada Iásuko, nombre que significa «Serena». Debió de nacer hacia 846, y murió en 913. Como vestal del santuario de Ise ofició de 859 a 876. Los episodios 69 a 75 de los *Cantares* tuvieron que acaecer hacia 866, cuando ella tenía unos veinte años y Narijira cuarenta y uno. Según una crónica de 1460, bastante tardía, pero que debió recoger tradiciones más antiguas, Narijira y Iásuko tuvieron un hijo llamado Morojisa, que murió muy niño, el mismo año que su padre Narijira (880). Cuando Iásuko dejó el santuario de Ise, se hizo monja budista, y aparece de nuevo como tal en nuestra obra (eps. 102 y

104).

Hermanastro de Koretaka y de Iásuko fue Ioshiari de Minamoto, que se casó con una Fuyiuara ex amante de Narijira (ep. 94).

Los Fuyiuara hicieron que Montoku tomara como esposa a Ákiko de Fuyiuara (828-900); de ella nació el príncipe Korabito (850-880), que le usurpó la primogenitura a su hermanastro Koretaka, y cuando ascendió al trono tomó el nombre de Séiua, aunque postumamente, por estar enterrado en el barrio Minó de Kioto, se le conoce como Emperador Minó. Por cierto que a su madre Ákiko también se la conoce como Emperatriz del Salón Damasquinado (eps. 26 y 65).

Antes de relatar el reinado de Séiua, digamos que Montoku tuvo aún otra esposa o amante famosa: Takákiko de Fuyiuara, la cual falleció a sus veintitrés años de edad en 858, el mismo año que murió su amante o esposo Montoku. De los funerales de Takákiko hablan los episodios 77 y 78.

Al morir Montoku, recibió el cetro Séiua, que sólo tenía ocho años. Naturalmente se nombró a un regente, que no podía ser sino un Fuyiuara.

Este es el momento de presentar a esta familia que alcanzó su prepotencia política en 857, cuando uno de ellos fue nombrado, por Montoku, Primer Ministro.

El patriarca de los Fuyiuara que salen en los *Cantares* fue Fuiutsugu (775-826). Tuvo tres hijos varones y una hembra. Los varones fueron Ioshifusa (804-872), Nagara y Ioshisuke; la hembra fue la Nóbuko que se casó con Ninmió.

Ioshifusa fue nombrado Primer Ministro en 857, y al año siguiente Regente del emperador niño Séiua. Hija de Ioshifusa fue Ákiko, la que se casó con el emperador Montoku. Como no tenía hijos varones, Ioshifusa adoptó a los hijos de su hermano Nagara, que eran dos varones y una hembra. Los varones eran Kunitsune (828-908) y Mototsune (836-891). La hembra fue Takako (842-910), nombre que significa «Esbelta». Takako fue el gran amor de Narijira.

Al morir Ioshifusa en 872 hubo un lapso de ocho años sin que los Fuyiuara parecieran controlar, al menos oficialmente, la vida política, pero en 880 Mototsune fue nombrado Regente del

emperador Iózei, niño de doce años, e hijo de Séiua y de Takako; junto con su puesto de Regente, Mototsune asumió el título de Dictador. A este Mototsune se le conocía en vida como el ministro de Jorikaua, por residir en un palacio en la calle de este nombre, calle que todavía existe, y bien grande, en el centro de Kioto. Los *Cantares* hablan de Ioshifusa (ep. 98) y de los hermanos de Takako (ep. 6). Siendo la heroína principal de los *Cantares*, Takako aparece en multitud de episodios. Según la historia, Takako pasó a ser en 866, cuando tenía veinticuatro años, la esposa favorita del emperador Séiua, ocho años más joven que ella. Se le permitió vestir kimono bermejo, color prohibido a los demás nobles (ep. 65). Dos años más tarde Takako dio a luz al futuro emperador Iózei, y un año después recibió el título de «Madre del Heredero», y el de Emperatriz de la Segunda Avenida. Como se ve, era frecuente recibir los nombres según el barrio en que se vivía.

Continuando con los Fuyiuara, hay otros que aparecen en nuestra obra. De Ioshisuke, tercer hijo del patriarca Fuiutsugu, fue hija Takákiko, la amante o esposa de Montoku, de la que ya hablamos. Hermana de Takákiko fue la Fuyiuara que un tiempo fue la amante de Narijira, llegando a tener un hijo de él, al que le puso por nombre Shiguejaru (?-910). Esta mujer se casó con Ioshiari de Minamoto, quinto hijo de Montoku (ep. 94). Hermano de Takákiko, y de esta mujer cuyo nombre ignoramos, fue Tsuneiuki (?-875), que aparece en los episodios 77 y 78.

Había otras ramas de la familia Fuyiuara, menos influyentes. A una de ellas pertenecía un tal Toshiiuki (?-907), el concuñado plebeyo de Narijira, según el episodio 41.

Otro Fuyiuara fue gobernador de la provincia de Ise, y allí le nació una hija, a quien le puso por nombre Ise. También ésta fue una amante de Narijira (ep. 22); es más, según algunas tradiciones, parece ser que fue la última amante que tuvo, y la que, al morir nuestro héroe, encontró el diario íntimo y lo dio a la publicidad; y de ahí que la gente llamara a las obras que surgieron de este diario *Cantares de Ise*. La razón del título del libro puede ser ésta, o pueden ser otras, como se ha visto, Ise murió en el año 937.

¿Con quién se casó Narijira? Este es el momento de presentar a la familia de los Ki. El patriarca fue Natora (?-847), el cual tuvo un

hijo varón llamado Aritsune (815-877) y dos hijas. Una de estas se casó con un Fuyiuara y de este matrimonio nació el concuñado de Narijira, el Toshiiuki que acabamos de mencionar. La otra hija de Natora, y hermana por tanto de Aritsune, fue la Shízuko que se casó con Montoku y fue la madre del príncipe Koretaka y de la Virgen de Ise.

Aritsune a su vez tuvo dos hijas, cuyos nombres se desconocen: una, la esposa de Narijira, y otra, la de Toshiiuki. En nuestra obra sólo aparece una vez la esposa de Narijira (ep. 19). De ella tuvo nuestro héroe un hijo, su primogénito, del que no se saben fechas. Fue, como su padre, poeta; la *Primera Antología Imperial* de 905 recoge cuatro poemas de él, Munejari, que éste era su nombre. Hijo de Munejari fue Motokata (888-953), también autor de excelentes poemas; la *Antología* de 905 recoge nada menos que trece piezas suyas, entre otras la que encabeza la colección.

Ya que hablamos de esta *Primera Antología Imperial*, hemos de hablar de otro Ki que sale en nuestra obra: el famosísimo Tsuraiuki de Ki. Nació en 883 según unos, en 884 según otros. Era nieto de un hermano de Natora de Ki. Su padre se llamaba Mochiiuki. Cuando tenía Tsuraiuki veintiuno o veintidós años compiló por orden imperial la primera antología de poemas antiguos y modernos. Trabajó con otros tres compiladores, pero él fue el jefe de la comisión, y él fue quien prologó la antología, dando una serie de juicios literarios y cánones de poesía que merecen justo renombre. El prólogo de esta *Antología* puede considerarse como la primera página de prosa literaria aparecida en japonés. Tsuraiuki también escribió un diario de viaje titulado *Diario de Tosa*, en 936. Murió en 946, cuatro años antes de aparecer los *Cantares de Ise*.

Volviendo a la familia imperial, Séiua, que ocupó el trono en 858, a sus ocho años de edad, llegó a tener como de costumbre muchas esposas, aunque su favorita fue Takako. Otra fue Fúmiko, la sobrina de Narijira y madre del príncipe Sadakazu; de este príncipe era del que la gente decía que su verdadero padre no era Séiua, sino Narijira.

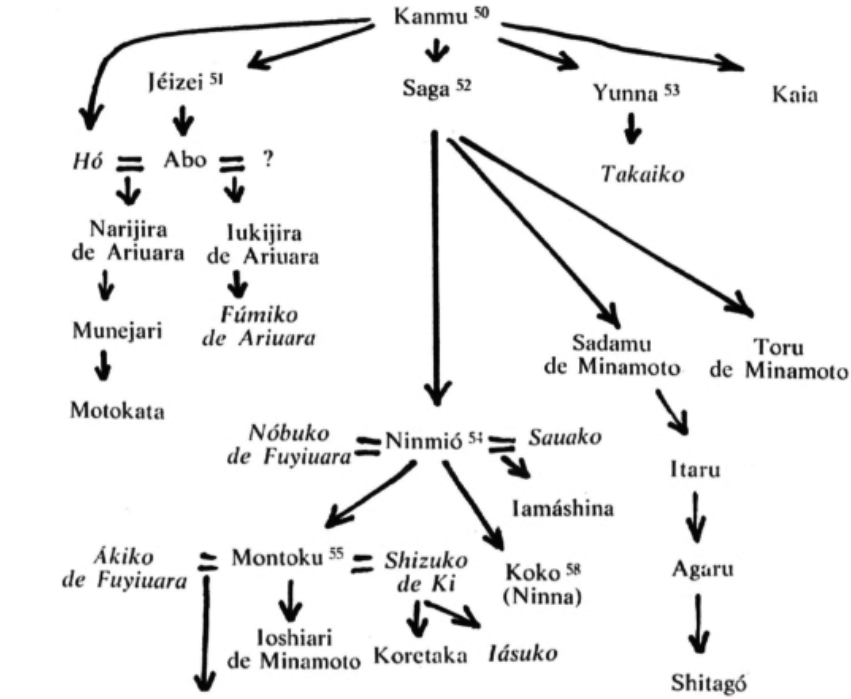
Cuatro años antes de morir, Séiua abdicó en su hijo Iózei, hijo también de Takako. Este Iózei resultó ser un loco homicida, teniendo que ser depuesto en 884 por su tío materno Mototsune.

Ocupó entonces el trono un hijo de Ninmió, el llamado Koko, y póstumamente Emperador Ninna, por estar sepultado en el templo Ninna de Kioto. De este Ninna habla nuestra obra (ep. 114), relatando su cacería en el río Seri el 11 de enero de 887. Ninna tenía entonces cincuenta y siete años. Su Montero Mayor ese día fue Iukijira, el hermano mayor de Narijira, ya anciano de sesenta y nueve años. Narijira por supuesto ya había muerto siete años antes. Se sabe que, al día siguiente de esta cacería, Iukijira, pretextando su edad avanzada, pero en realidad por el desaire que involuntariamente causara en el emperador, pidió ser relevado de su cargo de Montero. Ninna murió pocos meses después.

Y con esto termina esta vertiginosa y confusa relación de los personajes relacionados con los *Cantares*. Antes de acabar, digamos solamente que no se sabe de qué emperador habla el episodio 117. Y que el emperador que hizo una visita a la Tercera Avenida, según el episodio 78, fue ciertamente Séiua.

Para apreciar los *Cantares* no es necesario, afortunadamente, aprenderse de memoria toda esta behetría de fechas y enlaces. Y si he dado esta información es, primero, para que sirva de referencia a la curiosidad histórica, y lo segundo y principal, para demostrar la historicidad sustancial de la mayoría de los incidentes de nuestra obra.

GENEALOGÍA IMPERIAL

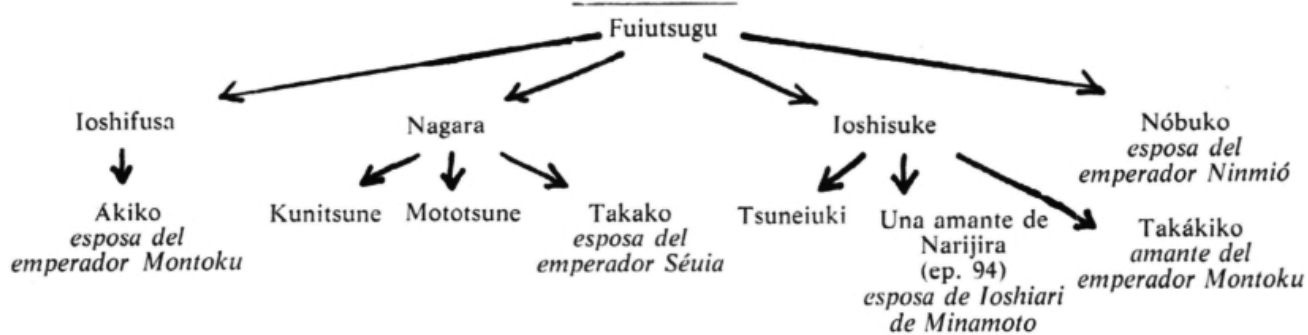


SUCESIÓN IMPERIAL

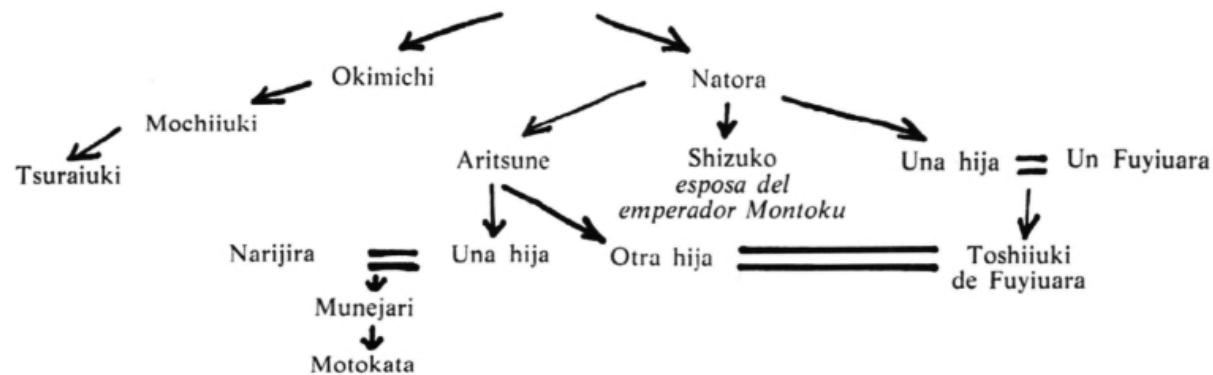
Año	
781	Kanmu
806	Jéizei
809	Saga
823	Yunna
833	Ninmió
850	Montoku
858	Séiua
876	Iózei
884	Ninna
887	Uda

N. B.—Los números volados indican el orden de sucesión imperial. Los nombres en cursiva son los de las hembras. = indica matrimonio.

GENEALOGÍA DE LOS FUYIUARA
(línea principal)

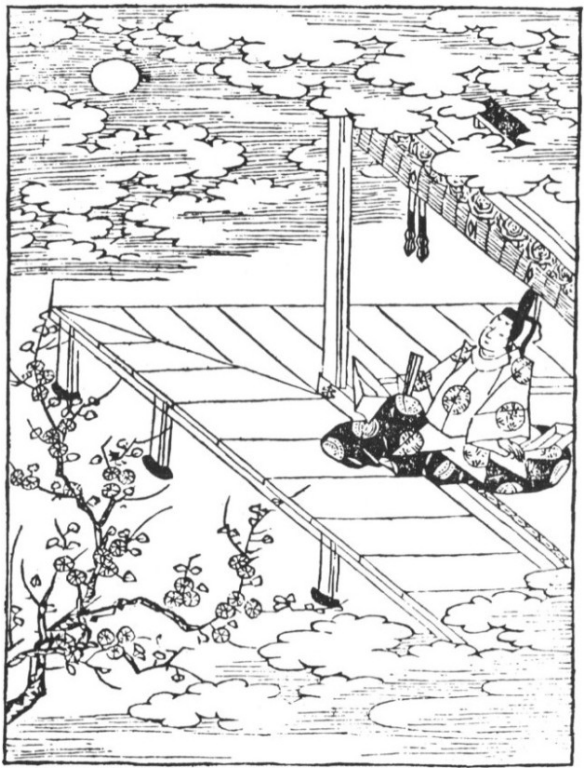


GENEALOGÍA DE LOS KI



1. «El muchacho pudo verlas por los huecos del seto del jardín…» (ep. 1).

<<



2. «Empapado en llanto, se sentó finalmente sobre el entarimado de la veranda, y así permaneció hasta que a las claras del día la luna se puso por el poniente» (ep. 4). <<

3. «Una noche oscura la raptó y se la llevó» (ep. 6). <<

4. «Al borde de los cauces se sentaron bajo unos árboles a tomar su almuerzo…» (ep. 9). <<

5. «Y decidieron prenderle fuego a los jarales resecos…» (ep. 12). <<

6. «Ella… cortó un crisantemo ligeramente marchito…» (ep. 18). <<

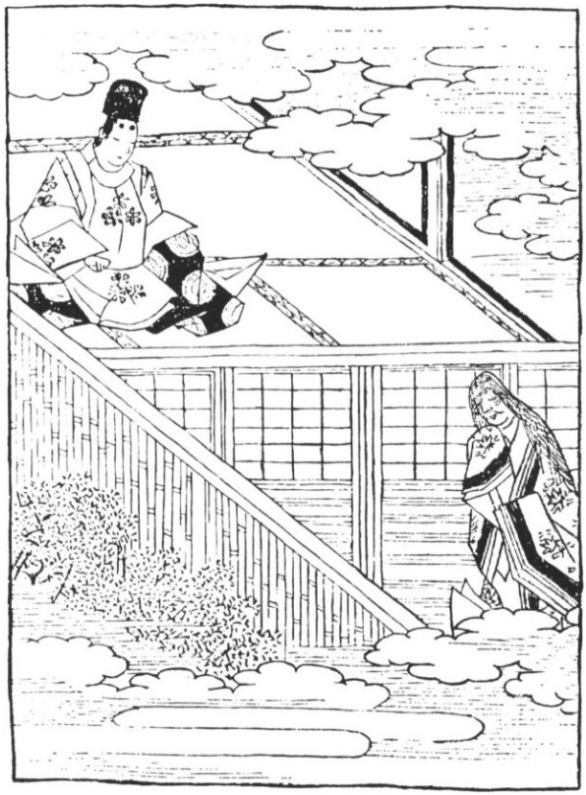
7. «Un niño y una niña… solían jugar juntos cerca de un pozo» (ep. 23).

<<

8. «Las luciérnagas revoloteaban por el aire» (ep. 45). <<

9. «Números no escribas / en agua que pasa, / que duran poco» (ep. 50).

<<

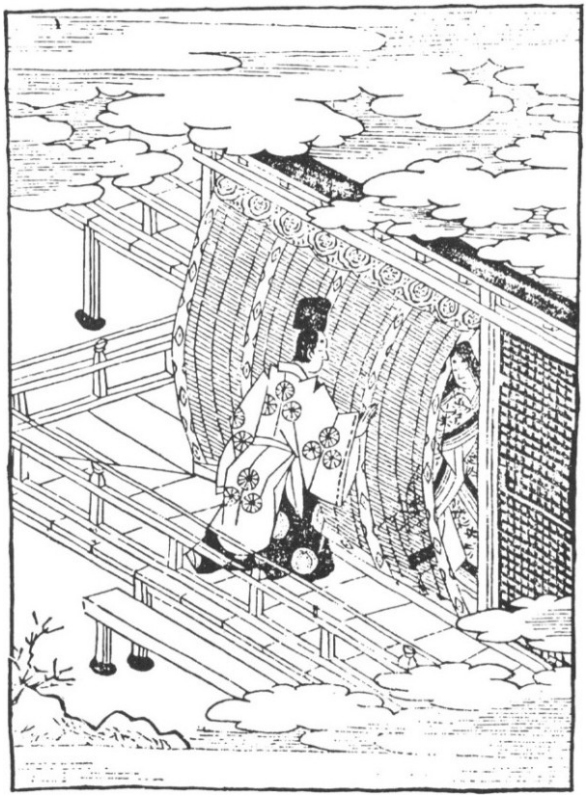


10. «Un día la mujer salió y fue a casa de Zaigo, pero se contentó con verle por entre las rendijas del seto del jardín» (ep. 63). <<

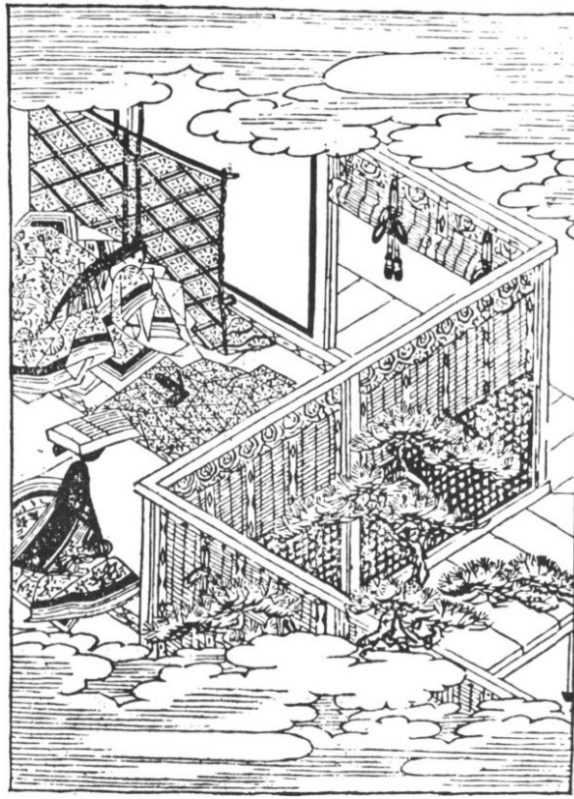
11. «Advirtió a la pálida luz de la luna que ella estaba fuera en pie, acompañada de una doncella niña» (ep. 69). <<

12. «El palacio de Iamáshina… tenía jardines con riachuelos y pequeñas cascadas…» (ep. 78). <<

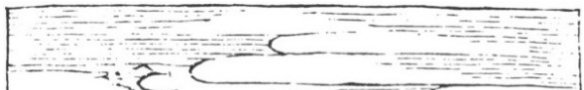
13. «Todos los presentes empezaron a componer poemas sobre cascadas» (ep. 87). <<



14. «Quisiera hablarte sobre algo que me preocupa, aunque sea con una cortina por medio» (ep. 95). <<



15. «Ella contemplaba los objetos que su amante infiel le había dejado en otros tiempos como recuerdo» (ep. 119). <<



16. «Y se dio cuenta de que se moría» (ep. 125). <<

Notas

[*] Todas las palabras japonesas que aparecen en este libro deben leerse como si se tratara de palabras castellanas. La combinación «sh», como en inglés. <<

[1] Para detalles históricos, véase el Apéndice al final del libro. <<